René Descartes

Discurso del método

Para conducir bien la razón y buscar la verdad en las ciencias

Escrito hacia 1637.
Primera edición: Leiden, Ian Maire, 1637, sin nombre de autor; texto base de esta traducción: Charles Adam y Paul Tannery, Œuvres de Descartes, vol. VI, París, 1902.

Traducción del francés de Anthony Cazares, con Claude, 2026.
https://anthonycazares.cafe/libros/descartes/discurso-del-metodo/

Sobre esta edición

Soy Anthony Cazares. Estudio filosofía y hago el canal FilosofIA, donde estas obras también se leen en voz alta. Traduzco cada una desde el original, no desde otra traducción, con la ayuda de Claude, un modelo de inteligencia artificial de Anthropic: la IA propone y contrasta lecturas; yo reviso el texto, decido cada pasaje dudoso y respondo por el resultado. Para que nada dependa de creerme, cada libro publica su aparato: qué fuentes se compararon y qué se eligió en cada caso.

El original está en dominio público. Esta traducción es libre: puedes copiarla, adaptarla y compartirla, sin fines comerciales y citando la fuente (CC BY-NC 4.0).

Índice

1 Primera parte
2 Segunda parte
3 Tercera parte
4 Cuarta parte
5 Quinta parte
6 Sexta parte

Primera parte

AT 1 Discurso del método para conducir bien la razón y buscar la verdad en las ciencias

Si este discurso parece demasiado largo para leerse de una sola vez, se lo podrá dividir en seis partes. En la primera se encontrarán diversas consideraciones acerca de las ciencias. En la segunda, las principales reglas del método que el autor ha buscado. En la tercera, algunas de las de la moral que ha sacado de este método. En la cuarta, las razones con que prueba la existencia de Dios y del alma humana, que son los fundamentos de su metafísica. En la quinta, el orden de las cuestiones de física que ha investigado, y en particular la explicación del movimiento del corazón y de algunas otras dificultades que pertenecen a la medicina, y también la diferencia que hay entre nuestra alma y la de los animales. Y en la última, qué cosas cree que se requieren para avanzar en la investigación de la naturaleza más de lo que se ha avanzado, y qué razones lo han llevado a escribir.

El buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo: porque cada quien piensa estar tan bien provisto de él que AT 2 aun los más difíciles de contentar en cualquier otra cosa no suelen desear más del que tienen. En lo cual no es verosímil que todos se equivoquen; más bien esto atestigua que la capacidad de juzgar bien y de distinguir lo verdadero de lo falso, que es propiamente lo que se llama buen sentido o razón, es por naturaleza igual en todos los hombres; y así, que la diversidad de nuestras opiniones no viene de que unos sean más razonables que otros, sino solo de que conducimos nuestros pensamientos por diversos caminos y no consideramos las mismas cosas. Porque no basta con tener un buen espíritu: lo principal es aplicarlo bien. Las almas más grandes son capaces de los mayores vicios tanto como de las mayores virtudes; y los que caminan muy despacio pueden avanzar mucho más, si siguen siempre el camino recto, que los que corren y se apartan de él.

Por mi parte, nunca he presumido de que mi espíritu fuera en nada más perfecto que el del común; incluso he deseado muchas veces tener el

pensamiento tan pronto, o la imaginación tan nítida y distinta, o la memoria tan amplia o tan presente como algunos otros. Y no conozco otras cualidades que estas que sirvan a la perfección del espíritu: porque en cuanto a la razón o el sentido, puesto que es la única cosa que nos hace hombres y nos distingue de los animales, quiero creer que está entera en cada uno, y seguir en esto la opinión común de los filósofos, que dicen que no hay más ni menos sino entre los [AT 3] *accidentes*, y no entre las *formas* o naturalezas de los *individuos* de una misma *especie*.

Pero no temeré decir que pienso haber tenido mucha suerte al encontrarme, desde mi juventud, en ciertos caminos que me han conducido a consideraciones y máximas con las que he formado un método, por el cual me parece que tengo el medio de aumentar por grados mi conocimiento y de elevarlo poco a poco hasta el punto más alto que la mediocridad de mi espíritu y la corta duración de mi vida le permitan alcanzar. Porque ya he recogido de él tales frutos que, aunque en los juicios que hago de mí mismo trato siempre de inclinarme hacia el lado de la desconfianza más que hacia el de la presunción, y aunque, mirando con ojos de filósofo las diversas acciones y empresas de todos los hombres, casi no hay ninguna que no me parezca vana e inútil, no dejo de recibir una extrema satisfacción del progreso que pienso haber hecho ya en la búsqueda de la verdad, y de concebir tales esperanzas para el porvenir que, si entre las ocupaciones de los hombres puramente hombres hay alguna que sea sólidamente buena e importante, me atrevo a creer que es la que yo he elegido.

Sin embargo, puede ser que me equivoque, y quizá no sea más que un poco de cobre y de vidrio lo que tomo por oro y por diamantes. Sé cuán expuestos estamos a equivocarnos en lo que nos toca, y cuán sospechosos deben sernos también los juicios de nuestros amigos cuando son a nuestro favor. Pero me dará mucho gusto mostrar en este discurso [AT 4] cuáles son los caminos que he seguido, y representar en él mi vida como en un cuadro, a fin de que cada quien pueda juzgar de ello, y de que, sabiendo por el rumor común las opiniones que se tengan

de ello, sea este un nuevo medio de instruirme, que añadiré a los que acostumbro usar.

Así, mi propósito no es enseñar aquí el método que cada quien debe seguir para conducir bien su razón, sino solo mostrar de qué manera he tratado de conducir la mía. Los que se meten a dar preceptos deben considerarse más hábiles que aquellos a quienes se los dan; y si fallan en la menor cosa, son por ello censurables. Pero, como no propongo este escrito sino como una historia o, si ustedes lo prefieren, como una fábula, en la cual, entre algunos ejemplos que se pueden imitar, quizá se encontrarán también muchos otros que se tendrá razón en no seguir, espero que será útil a algunos sin ser dañino para nadie, y que todos me agradecerán mi franqueza.

Me crie en las letras desde mi infancia, y como se me persuadía de que por medio de ellas se podía adquirir un conocimiento claro y seguro de todo lo que es útil para la vida, tenía un extremo deseo de aprenderlas. Pero tan pronto como terminé todo ese curso de estudios, al cabo del cual se acostumbra ser recibido en el rango de los doctos, cambié enteramente de opinión. Porque me encontraba enredado en tantas dudas y errores que me parecía no haber sacado otro provecho, al tratar de instruirme, sino el de haber descubierto cada vez más mi ignorancia. Y, sin embargo, AT 5 estaba en una de las escuelas más célebres de Europa, donde pensaba que debía de haber hombres sabios, si los había en algún lugar de la tierra. Había aprendido allí todo lo que los demás aprendían; e incluso, no habiéndome contentado con las ciencias que se nos enseñaban, había recorrido todos los libros que tratan de las que se consideran más curiosas y más raras, que habían podido caer en mis manos. Además, sabía los juicios que los demás hacían de mí; y no veía que se me estimara inferior a mis condiscípulos, aunque ya había entre ellos algunos a quienes se destinaba a ocupar los puestos de nuestros maestros. Y, por último, nuestro siglo me parecía tan floreciente y tan fértil en buenos espíritus como lo haya sido cualquiera de los anteriores. Lo cual me hacía tomarme la libertad de juzgar por mí a todos los

demás, y de pensar que no había en el mundo ninguna doctrina que fuera tal como antes se me había hecho esperar.

No dejaba, sin embargo, de estimar los ejercicios en que se ocupa uno en las escuelas. Sabía que las lenguas que allí se aprenden son necesarias para entender los libros antiguos; que la gracia de las fábulas despierta el espíritu; que las acciones memorables de las historias lo elevan, y que, leídas con discernimiento, ayudan a formar el juicio; que la lectura de todos los buenos libros es como una conversación con las personas más honorables de los siglos pasados, que fueron sus autores, e incluso una conversación estudiada, en la que no nos descubren sino los mejores de sus pensamientos; que la elocuencia tiene fuerzas y bellezas incomparables; que la poesía tiene AT 6 delicadezas y dulzuras arrebatadoras; que las matemáticas tienen invenciones muy sutiles, y que pueden servir mucho, tanto para contentar a los curiosos como para facilitar todas las artes y disminuir el trabajo de los hombres; que los escritos que tratan de las costumbres contienen muchas enseñanzas y muchas exhortaciones a la virtud que son muy útiles; que la teología enseña a ganar el cielo; que la filosofía da el medio de hablar con verosimilitud de todas las cosas y de hacerse admirar por los menos sabios; que la jurisprudencia, la medicina y las demás ciencias traen honores y riquezas a quienes las cultivan; y, por último, que es bueno haberlas examinado todas, incluso las más supersticiosas y las más falsas, a fin de conocer su justo valor y guardarse de ser engañado por ellas.

Pero creía haber dado ya bastante tiempo a las lenguas, e incluso también a la lectura de los libros antiguos, y a sus historias, y a sus fábulas. Porque conversar con los de otros siglos es casi lo mismo que viajar. Es bueno saber algo de las costumbres de diversos pueblos, a fin de juzgar las nuestras con más sensatez, y para que no pensemos que todo lo que va contra nuestras modas es ridículo y contrario a la razón, como suelen hacer los que no han visto nada. Pero cuando se emplea demasiado tiempo en viajar, uno acaba por volverse extranjero en su propio país; y cuando se es demasiado curioso de las cosas que se

practicaban en los siglos pasados, uno se queda de ordinario muy ignorante de las que se practican en este. Además, las fábulas hacen imaginar muchos acontecimientos [AT 7] como posibles cuando no lo son; e incluso las historias más fieles, si no cambian ni aumentan el valor de las cosas para hacerlas más dignas de ser leídas, al menos omiten casi siempre las circunstancias más bajas y menos ilustres: de donde viene que el resto no parece tal como es, y que los que rigen sus costumbres por los ejemplos que sacan de ellas están expuestos a caer en las extravagancias de los paladines de nuestras novelas y a concebir propósitos que exceden sus fuerzas.

Estimaba mucho la elocuencia, y estaba enamorado de la poesía; pero pensaba que una y otra eran dones del espíritu más que frutos del estudio. Los que tienen el razonamiento más fuerte, y digieren mejor sus pensamientos a fin de hacerlos claros e inteligibles, siempre pueden persuadir mejor de lo que proponen, aunque no hablaran más que bajo bretón y nunca hubieran aprendido retórica. Y los que tienen las invenciones más agradables, y saben expresarlas con más ornato y dulzura, no dejarían de ser los mejores poetas aunque el arte poético les fuera desconocido.

Me complacían sobre todo las matemáticas, a causa de la certeza y de la evidencia de sus razones; pero todavía no advertía su verdadero uso, y, pensando que solo servían a las artes mecánicas, me asombraba de que, siendo sus fundamentos tan firmes y tan sólidos, no se hubiera construido sobre ellos nada más elevado. Así como, al contrario, comparaba los escritos de los antiguos paganos que tratan de las costumbres con palacios [AT 8] muy soberbios y muy magníficos que no estaban construidos sino sobre arena y sobre lodo. Elevan muy alto las virtudes, y las hacen parecer estimables por encima de todas las cosas que hay en el mundo; pero no enseñan lo bastante a conocerlas, y a menudo lo que llaman con un nombre tan bello no es sino una insensibilidad, o un orgullo, o una desesperación, o un parricidio.

Reverenciaba nuestra teología, y aspiraba, tanto como cualquier otro, a ganar el cielo; pero, habiendo aprendido, como cosa muy segura, que el

camino no está menos abierto a los más ignorantes que a los más doctos, y que las verdades reveladas que conducen a él están por encima de nuestra inteligencia, no me habría atrevido a someterlas a la debilidad de mis razonamientos, y pensaba que, para emprender su examen y tener éxito en él, era necesario contar con alguna asistencia extraordinaria del cielo y ser más que hombre.

No diré nada de la filosofía, sino que, viendo que ha sido cultivada por los espíritus más excelentes que han vivido desde hace muchos siglos, y que, sin embargo, todavía no se encuentra en ella ninguna cosa sobre la que no se dispute y que, por consiguiente, no sea dudosa, no tenía tanta presunción como para esperar acertar en ella mejor que los demás; y que, considerando cuántas opiniones diversas puede haber acerca de una misma materia, sostenidas por gente docta, sin que pueda haber nunca más de una sola que sea verdadera, tenía casi por falso todo lo que no era más que verosímil.

Luego, en cuanto a las demás ciencias, puesto que toman sus principios de la filosofía, juzgaba AT 9 que no se podía haber construido nada sólido sobre fundamentos tan poco firmes. Y ni el honor ni la ganancia que prometen bastaban para invitarme a aprenderlas; porque no me sentía, gracias a Dios, en una condición que me obligara a hacer de la ciencia un oficio para aliviar mi fortuna; y aunque no hacía profesión de despreciar la gloria a la manera de los cínicos, hacía sin embargo muy poco caso de aquella que no esperaba poder adquirir sino con falsos títulos. Y, por último, en cuanto a las malas doctrinas, pensaba conocer ya bastante lo que valían para no estar ya expuesto a ser engañado ni por las promesas de un alquimista, ni por las predicciones de un astrólogo, ni por las imposturas de un mago, ni por los artificios o la jactancia de ninguno de los que hacen profesión de saber más de lo que saben.

Por eso, tan pronto como la edad me permitió salir de la sujeción de mis preceptores, abandoné enteramente el estudio de las letras. Y, resolviéndome a no buscar ya otra ciencia que la que pudiera encontrarse en mí mismo, o bien en el gran libro del mundo, empleé el resto de mi juventud en viajar, en ver cortes y ejércitos, en tratar a gente

de diversos humores y condiciones, en recoger diversas experiencias, en ponerme a prueba a mí mismo en los encuentros que la fortuna me proponía, y en hacer en todas partes tal reflexión sobre las cosas que se presentaban que pudiera sacar de ellas algún provecho. Porque me parecía que podría encontrar mucha más verdad en los razonamientos que cada quien hace acerca de los asuntos que le importan, y cuyo resultado [AT 10] ha de castigarlo muy pronto si ha juzgado mal, que en los que hace un hombre de letras en su gabinete acerca de especulaciones que no producen ningún efecto, y que no tienen para él otra consecuencia sino que quizá sacará de ellas tanta más vanidad cuanto más alejadas estén del sentido común, porque habrá tenido que emplear tanto más espíritu y artificio en tratar de hacerlas verosímiles. Y siempre tenía un extremo deseo de aprender a distinguir lo verdadero de lo falso, para ver claro en mis acciones y caminar con seguridad en esta vida.

Es verdad que, mientras no hacía más que considerar las costumbres de los otros hombres, no encontraba en ellas gran cosa que me diera seguridad, y que advertía en ellas casi tanta diversidad como antes había advertido entre las opiniones de los filósofos. De modo que el mayor provecho que sacaba de ello era que, viendo muchas cosas que, aunque nos parezcan muy extravagantes y ridículas, no dejan de ser comúnmente recibidas y aprobadas por otros grandes pueblos, aprendía a no creer con demasiada firmeza nada de lo que solo el ejemplo y la costumbre me habían persuadido; y así me liberaba poco a poco de muchos errores que pueden ofuscar nuestra luz natural y hacernos menos capaces de atender a razones. Pero después de haber empleado algunos años en estudiar así en el libro del mundo y en tratar de adquirir alguna experiencia, tomé un día la resolución de estudiar también en mí mismo, y de emplear todas las fuerzas de mi espíritu en elegir los caminos que debía seguir. Lo cual me resultó mucho [AT 11] mejor, me parece, que si nunca me hubiera alejado ni de mi país ni de mis libros.

Notas

1. Un libro sin nombre de autor. El *Discurso* salió en Leiden, en junio de 1637, sin el nombre de Descartes en la portada. Era el prólogo de un volumen con tres ensayos que ponían el método a prueba: la *Dióptrica*, los *Meteoros* y la *Geometría*. Aquí va solo el *Discurso*.

2. El aviso. El párrafo en cursiva que abre el libro es del propio Descartes. Habla de sí mismo en tercera persona («el autor») y propone leer la obra en seis partes, que son las de este audiolibro.

3. El buen sentido. *Le bon sens*. Descartes lo define en la primera frase (AT 2): «la capacidad de juzgar bien y de distinguir lo verdadero de lo falso», que es lo mismo que la razón. No es el «sentido común» de hoy.

4. Una de las escuelas más célebres de Europa (AT 5). El colegio jesuita de La Flèche, donde Descartes estudió de joven. Cuando el *Discurso* dice «las escuelas», se refiere a la filosofía que se enseñaba en ellas: la escolástica, construida sobre Aristóteles.

5. *Accidentes*, *formas*, *especie* (AT 2-3). Términos de esa filosofía, en cursiva en el impreso. Descartes los usa con cierta distancia: es el vocabulario de los otros.

Segunda parte

Estaba yo entonces en Alemania, adonde me había llamado la ocasión de las guerras que todavía no han terminado allí; y, cuando regresaba de la coronación del emperador hacia el ejército, el comienzo del invierno me detuvo en un cuartel donde, no encontrando ninguna conversación que me distrajera, y no teniendo además, por fortuna, ningún cuidado ni pasión que me turbaran, permanecía todo el día encerrado solo en un cuarto con estufa, donde tenía todo el tiempo libre para entretenerme con mis pensamientos. Entre los cuales, uno de los primeros fue que se me ocurrió considerar que a menudo no hay tanta perfección en las obras compuestas de varias piezas, y hechas por la mano de diversos maestros, como en aquellas en que ha trabajado uno solo. Así se ve que los edificios que un solo arquitecto ha emprendido y terminado suelen ser más bellos y estar mejor ordenados que los que varios han tratado de remendar, haciendo servir viejos muros que habían sido construidos para otros fines. Así, esas antiguas ciudades que, no habiendo sido al principio más que aldeas, se han convertido con el paso del tiempo en grandes urbes, están de ordinario tan mal distribuidas, en comparación con esas plazas regulares que un ingeniero traza a su antojo en una llanura, que, aunque, considerando sus edificios cada uno por separado, se encuentre a menudo en ellos tanto o más arte que en los de las otras, sin embargo, al ver cómo están dispuestos, aquí uno grande, allá uno pequeño, y cómo hacen las calles curvas y desiguales, se AT 12 diría que es más bien la fortuna, y no la voluntad de algunos hombres que usan de la razón, la que los ha dispuesto así. Y si se considera que, sin embargo, ha habido en todo tiempo algunos funcionarios que han tenido el encargo de vigilar los edificios de los particulares para hacerlos servir al ornato público, se reconocerá que es difícil, no trabajando sino sobre las obras ajenas, hacer cosas muy acabadas. Así, me imaginé que los pueblos que, habiendo sido en otro tiempo medio salvajes y no habiéndose civilizado sino poco a poco, no han hecho sus leyes sino a medida que la incomodidad de los crímenes

y de las querellas los ha obligado a ello, no podrían estar tan bien ordenados como los que, desde el comienzo en que se reunieron, observaron las constituciones de algún legislador prudente. Así como es bien cierto que el estado de la verdadera religión, cuyas ordenanzas ha hecho Dios solo, debe estar incomparablemente mejor reglado que todos los demás. Y, para hablar de las cosas humanas, creo que, si Esparta fue en otro tiempo muy floreciente, no fue a causa de la bondad de cada una de sus leyes en particular, puesto que muchas eran muy extrañas, e incluso contrarias a las buenas costumbres, sino a causa de que, no habiendo sido inventadas sino por uno solo, tendían todas a un mismo fin. Y así pensé que las ciencias de los libros, al menos aquellas cuyas razones no son más que probables y que no tienen ninguna demostración, habiéndose compuesto y engrosado poco a poco con las opiniones de muchas y diversas personas, no se acercan tanto a la verdad como los simples razonamientos que puede hacer naturalmente un hombre [AT 13] de buen sentido acerca de las cosas que se presentan. Y así pensé además que, como todos hemos sido niños antes de ser hombres, y nos ha sido preciso ser gobernados por mucho tiempo por nuestros apetitos y nuestros preceptores, que a menudo eran contrarios unos a otros, y que quizá ni unos ni otros nos aconsejaban siempre lo mejor, es casi imposible que nuestros juicios sean tan puros ni tan sólidos como lo habrían sido si hubiéramos tenido el uso entero de nuestra razón desde el momento de nuestro nacimiento y nunca hubiéramos sido conducidos sino por ella.

Es verdad que no vemos que se derriben todas las casas de una ciudad con el solo propósito de rehacerlas de otra manera y de hacer más bellas sus calles; pero sí se ve que muchos hacen derribar las suyas para reconstruirlas, y que incluso a veces se ven obligados a ello, cuando están en peligro de caerse por sí mismas y sus cimientos no son muy firmes. A ejemplo de lo cual me persuadí de que verdaderamente no tendría sentido que un particular se propusiera reformar un Estado cambiando todo en él desde los cimientos, y derribándolo para enderezarlo; ni tampoco reformar el cuerpo de las ciencias, o el orden establecido en las escuelas para enseñarlas; pero que, en cuanto a todas

las opiniones que hasta entonces había recibido en mi creencia, no podía hacer nada mejor que emprender, de una vez por todas, la tarea de quitarlas de ella, a fin de poner después en su lugar, u otras mejores, o bien las mismas, cuando las hubiera [AT 14] ajustado al nivel de la razón. Y creí firmemente que, por este medio, lograría conducir mi vida mucho mejor que si no construyera sino sobre viejos cimientos y no me apoyara sino en los principios de los que me había dejado persuadir en mi juventud, sin haber examinado nunca si eran verdaderos. Porque, aunque advertía en esto diversas dificultades, no carecían, sin embargo, de remedio, ni eran comparables a las que se encuentran en la reforma de las menores cosas que tocan al público. Esos grandes cuerpos son demasiado difíciles de levantar una vez abatidos, o incluso de sostener una vez sacudidos, y sus caídas no pueden ser sino muy rudas. Luego, en cuanto a sus imperfecciones, si las tienen —y la sola diversidad que hay entre ellos basta para asegurar que muchos las tienen—, el uso sin duda las ha suavizado mucho; e incluso ha evitado o corregido insensiblemente una gran cantidad de ellas, a las que no se podría poner remedio tan bien por prudencia. Y, por último, son casi siempre más soportables de lo que sería su cambio: de la misma manera que los grandes caminos que serpentean entre montañas se vuelven poco a poco tan llanos y tan cómodos, a fuerza de ser transitados, que es mucho mejor seguirlos que emprender ir más derecho trepando por encima de las rocas y bajando hasta el fondo de los precipicios.

Por eso no podría aprobar de ningún modo esos temperamentos revoltosos e inquietos que, no estando llamados ni por su nacimiento ni por su fortuna al manejo de los asuntos públicos, no dejan de hacer siempre en ellos, en idea, alguna nueva reforma. [AT 15] Y si pensara que hubiera en este escrito la menor cosa por la cual se me pudiera sospechar de esa locura, lamentaría mucho consentir que se publicara. Nunca mi propósito se ha extendido más allá de tratar de reformar mis propios pensamientos y de construir en un terreno que es todo mío. Y si, habiéndome gustado bastante mi obra, les hago ver aquí su modelo, no es porque quiera por ello aconsejar a nadie que la imite. Aquellos a quienes Dios ha repartido mejor sus gracias tendrán quizá propósitos

más elevados; pero mucho me temo que este sea ya demasiado atrevido para muchos. La sola resolución de deshacerse de todas las opiniones que uno ha recibido antes en su creencia no es un ejemplo que cada quien deba seguir; y el mundo no se compone casi más que de dos clases de espíritus a los cuales no conviene en modo alguno. A saber, de los que, creyéndose más hábiles de lo que son, no pueden impedirse precipitar sus juicios, ni tener bastante paciencia para conducir por orden todos sus pensamientos: de donde viene que, si una vez se hubieran tomado la libertad de dudar de los principios que han recibido y de apartarse del camino común, nunca podrían mantenerse en la senda que hay que tomar para ir más derecho, y permanecerían extraviados toda su vida. Luego, de los que, teniendo bastante razón, o modestia, para juzgar que son menos capaces de distinguir lo verdadero de lo falso que algunos otros por quienes pueden ser instruidos, deben más bien contentarse con seguir las opiniones de esos otros que buscar ellos mismos otras mejores.

AT 16 Y yo, por mi parte, habría sido sin duda del número de estos últimos si nunca hubiera tenido más que un solo maestro, o si no hubiera sabido las diferencias que ha habido en todo tiempo entre las opiniones de los más doctos. Pero, habiendo aprendido desde el colegio que no se podría imaginar nada tan extraño y tan poco creíble que no haya sido dicho por alguno de los filósofos; y después, viajando, habiendo reconocido que todos los que tienen pareceres muy contrarios a los nuestros no son por eso bárbaros ni salvajes, sino que muchos usan de la razón tanto o más que nosotros; y habiendo considerado cuán diferente se vuelve un mismo hombre, con su mismo espíritu, criado desde su infancia entre franceses o entre alemanes, de lo que sería si hubiera vivido siempre entre chinos o entre caníbales; y cómo, hasta en las modas de nuestros vestidos, la misma cosa que nos agradó hace diez años, y que quizá nos agradará de nuevo antes de diez años, nos parece ahora extravagante y ridícula: de suerte que es mucho más la costumbre y el ejemplo lo que nos persuade que ningún conocimiento cierto, y que, sin embargo, la pluralidad de votos no es una prueba que valga nada para las verdades un poco difíciles de descubrir, porque es mucho más

verosímil que un hombre solo las haya encontrado que todo un pueblo: no podía elegir a nadie cuyas opiniones me parecieran preferibles a las de los demás, y me encontré como obligado a emprender yo mismo la tarea de conducirme.

Pero, como un hombre que camina solo y en las tinieblas, resolví ir tan despacio, y usar AT 17 de tanta circunspección en todas las cosas, que, aunque no avanzara sino muy poco, me guardaría bien, al menos, de caer. Incluso no quise comenzar a rechazar del todo ninguna de las opiniones que en otro tiempo hubieran podido deslizarse en mi creencia sin haber sido introducidas en ella por la razón, sin antes haber empleado bastante tiempo en trazar el proyecto de la obra que emprendía, y en buscar el verdadero método para llegar al conocimiento de todas las cosas de que mi espíritu fuera capaz.

Había estudiado un poco, siendo más joven, entre las partes de la filosofía, la lógica, y entre las matemáticas, el análisis de los geómetras y el álgebra, tres artes o ciencias que parecían deber contribuir en algo a mi propósito. Pero, al examinarlas, me di cuenta de que, en cuanto a la lógica, sus silogismos y la mayor parte de sus demás instrucciones sirven más bien para explicar a otros las cosas que uno sabe, o incluso, como el arte de Lulio, para hablar sin juicio de las que se ignoran, que para aprenderlas. Y aunque contiene, en efecto, muchos preceptos muy verdaderos y muy buenos, hay sin embargo tantos otros mezclados entre ellos, que son o dañinos o superfluos, que es casi tan difícil separarlos como sacar una Diana o una Minerva de un bloque de mármol que todavía no ha sido desbastado. Luego, en cuanto al análisis de los antiguos y al álgebra de los modernos, además de que no se extienden sino a materias muy abstractas y que no parecen de ningún uso, el primero está siempre tan sujeto a la consideración de las figuras que no puede ejercitar el entendimiento AT 18 sin fatigar mucho la imaginación; y en la segunda uno se ha sometido tanto a ciertas reglas y a ciertas cifras que se ha hecho de ella un arte confuso y oscuro que estorba al espíritu, en lugar de una ciencia que lo cultive. Lo cual fue causa de que pensara que era preciso buscar algún otro método que,

comprendiendo las ventajas de estas tres, estuviera exento de sus defectos. Y como la multitud de leyes proporciona a menudo excusas a los vicios, de suerte que un Estado está mucho mejor regido cuando, teniendo muy pocas, se observan en él muy estrictamente; así, en lugar de ese gran número de preceptos de que se compone la lógica, creí que me bastarían los cuatro siguientes, con tal de que tomara la firme y constante resolución de no dejar de observarlos ni una sola vez.

El primero era no recibir nunca ninguna cosa como verdadera sin conocer con evidencia que lo era: es decir, evitar cuidadosamente la precipitación y la prevención; y no incluir en mis juicios nada más que lo que se presentara a mi espíritu tan clara y tan distintamente que no tuviera ninguna ocasión de ponerlo en duda.

El segundo, dividir cada una de las dificultades que examinara en tantas partes como se pudiera y como fuera requerido para resolverlas mejor.

El tercero, conducir por orden mis pensamientos, comenzando por los objetos más simples y más fáciles de conocer, para subir poco a poco, como por grados, hasta el conocimiento de los más compuestos; y suponiendo incluso un orden entre los [AT 19] que no se preceden naturalmente unos a otros.

Y el último, hacer en todo enumeraciones tan completas y revisiones tan generales que estuviera seguro de no omitir nada.

Esas largas cadenas de razones, todas simples y fáciles, de que los geómetras acostumbran servirse para llegar a sus demostraciones más difíciles, me habían dado ocasión de imaginar que todas las cosas que pueden caer bajo el conocimiento de los hombres se siguen unas a otras de la misma manera, y que, con tal solo de que uno se abstenga de recibir como verdadera alguna que no lo sea, y guarde siempre el orden que se requiere para deducirlas unas de otras, no puede haber ninguna tan alejada que al fin no se alcance, ni tan oculta que no se descubra. Y no me costó mucho trabajo buscar por cuáles era preciso comenzar: porque sabía ya que era por las más simples y las más fáciles de conocer; y, considerando que, entre todos los que hasta ahora han buscado la

verdad en las ciencias, solo los matemáticos han podido encontrar algunas demostraciones, es decir, algunas razones ciertas y evidentes, no dudaba de que había que comenzar por las mismas que ellos han examinado; aunque no esperaba de ellas ninguna otra utilidad sino la de que acostumbrarían mi espíritu a alimentarse de verdades y a no contentarse con falsas razones. Pero no tuve por eso el propósito de tratar de aprender todas esas ciencias particulares que se llaman comúnmente matemáticas; y, AT 20 viendo que, aunque sus objetos sean diferentes, no dejan de concordar todas en que no consideran en ellos otra cosa que las diversas relaciones o proporciones que en ellos se encuentran, pensé que valía más que examinara solamente esas proporciones en general, y sin suponerlas más que en los sujetos que sirvieran para hacerme más fácil su conocimiento; y aun sin sujetarlas en modo alguno a ellos, a fin de poder aplicarlas después tanto mejor a todos los demás a los que convinieran. Luego, habiéndome dado cuenta de que, para conocerlas, tendría a veces necesidad de considerarlas cada una en particular, y a veces solamente de retenerlas, o de abarcar varias juntas, pensé que, para considerarlas mejor en particular, debía suponerlas en líneas, porque no encontraba nada más simple, ni que pudiera representar más distintamente a mi imaginación y a mis sentidos; pero que, para retenerlas, o abarcar varias juntas, era preciso que las expresara con algunas cifras, las más breves que fuera posible; y que, por este medio, tomaría todo lo mejor del análisis geométrico y del álgebra, y corregiría todos los defectos de uno por medio de la otra.

Y, en efecto, me atrevo a decir que la exacta observancia de estos pocos preceptos que había elegido me dio tal facilidad para desenredar todas las cuestiones a las que se extienden esas dos ciencias que, en los dos o tres meses que empleé en examinarlas, habiendo comenzado por las más simples y más generales, y siendo cada verdad que encontraba una regla que me AT 21 servía después para encontrar otras, no solo llegué a resolver muchas que antes había juzgado muy difíciles, sino que también me pareció, hacia el final, que podía determinar, incluso en las que ignoraba, por qué medios y hasta dónde era posible resolverlas. En lo cual quizá no les pareceré muy vanidoso si consideran que, no

habiendo más que una verdad de cada cosa, quienquiera que la encuentra sabe de ella tanto como se puede saber; y que, por ejemplo, un niño instruido en la aritmética, habiendo hecho una adición según sus reglas, puede estar seguro de haber encontrado, acerca de la suma que examinaba, todo lo que el espíritu humano podría encontrar. Porque, en fin, el método que enseña a seguir el verdadero orden, y a enumerar exactamente todas las circunstancias de lo que se busca, contiene todo lo que da certeza a las reglas de la aritmética.

Pero lo que más me satisfacía de este método era que, por él, estaba seguro de usar en todo de mi razón, si no perfectamente, al menos lo mejor que estuviera en mi poder; además de que sentía, al practicarlo, que mi espíritu se acostumbraba poco a poco a concebir sus objetos con más nitidez y más distinción, y que, no habiendo sujetado el método a ninguna materia particular, me prometía aplicarlo tan útilmente a las dificultades de las otras ciencias como lo había hecho a las del álgebra. No es que por eso me atreviera a emprender de entrada el examen de todas las que se presentaran; porque eso mismo habría sido contrario al orden que este prescribe. Pero, habiéndome dado cuenta de que sus principios debían tomarse todos de AT 22 la filosofía, en la cual no encontraba todavía ninguno cierto, pensé que era preciso, ante todo, que tratara de establecerlos en ella; y que, siendo esto la cosa más importante del mundo, y aquella en que más eran de temer la precipitación y la prevención, no debía emprender llevarla a cabo antes de haber alcanzado una edad mucho más madura que la de veintitrés años, que tenía entonces; y antes de haber empleado mucho tiempo en prepararme para ello, tanto desarraigando de mi espíritu todas las malas opiniones que había recibido antes de ese tiempo como haciendo acopio de muchas experiencias, para que fueran después la materia de mis razonamientos, y ejercitándome siempre en el método que me había prescrito, a fin de afianzarme en él cada vez más.

Notas

1. El cuarto con estufa (AT 11). *Le poêle*: una habitación calentada por una estufa, en Alemania, el invierno de 1619. Descartes había ido a ver la coronación del emperador Fernando II en Fráncfort y volvía al ejército. Ahí, encerrado todo el día, concibe el método.

2. Las plazas regulares (AT 11). Plaza en el sentido de plaza fuerte: una ciudad fortificada que un ingeniero militar traza de una sola vez en una llanura, frente a las ciudades viejas que crecieron por partes.

3. La precipitación y la prevención (AT 18). Las dos causas del error que la primera regla manda evitar. Precipitación: juzgar antes de tiempo. Prevención: juzgar con un juicio hecho de antemano, el prejuicio.

4. Las cuatro reglas (AT 18-19). Evidencia, análisis, orden y enumeración. Descartes las prefiere a los muchos preceptos de la lógica de su tiempo: pocas, con tal de cumplirlas siempre.

Tercera parte

Y, por último, así como no basta, antes de empezar a reconstruir la casa donde uno vive, con derribarla y con proveerse de materiales y de arquitectos, o ejercitarse uno mismo en la arquitectura, y además haber trazado cuidadosamente su plano, sino que también hay que haberse procurado alguna otra donde uno pueda alojarse cómodamente durante el tiempo en que se trabaje en ella; así, para no quedarme irresoluto en mis acciones mientras la razón me obligara a serlo en mis juicios, y para no dejar de vivir desde entonces lo más felizmente que pudiera, me formé una moral provisional, que no consistía más que en tres o cuatro máximas, que con gusto quiero compartir con ustedes.

La primera era obedecer las leyes y las costumbres AT 23 de mi país, conservando con constancia la religión en la que Dios me ha concedido la gracia de ser instruido desde mi infancia, y gobernándome en todo lo demás según las opiniones más moderadas y más alejadas del exceso que fueran comúnmente aceptadas en la práctica por los más sensatos de aquellos con quienes tendría que vivir. Porque, como desde entonces empezaba a no tener en nada las mías propias, puesto que quería someterlas todas a examen, estaba seguro de que no podía hacer nada mejor que seguir las de los más sensatos. Y aunque quizá los haya tan sensatos entre los persas o los chinos como entre nosotros, me parecía que lo más útil era regirme por aquellos con quienes tendría que vivir; y que, para saber cuáles eran verdaderamente sus opiniones, debía atender más a lo que practicaban que a lo que decían; no solo porque, en la corrupción de nuestras costumbres, hay pocas personas que quieran decir todo lo que creen, sino también porque muchos lo ignoran ellos mismos; pues, como la acción del pensamiento por la cual se cree una cosa es diferente de aquella por la cual se conoce que se la cree, a menudo se da la una sin la otra. Y entre varias opiniones igualmente aceptadas, no elegía sino las más moderadas: tanto porque son siempre las más cómodas para la práctica, y verosímilmente las mejores, ya que todo exceso suele ser malo, como también para apartarme menos del

verdadero camino, en caso de que me equivocara, que si, habiendo elegido uno de los extremos, hubiera sido el otro el que había que seguir. Y, en particular, AT 24 ponía entre los excesos todas las promesas por las cuales uno recorta algo de su libertad. No porque desaprobara las leyes que, para remediar la inconstancia de los espíritus débiles, permiten, cuando se tiene algún buen propósito, o incluso, para la seguridad del comercio, algún propósito que no es más que indiferente, que se hagan votos o contratos que obliguen a perseverar en él; sino porque no veía en el mundo ninguna cosa que permaneciera siempre en el mismo estado, y porque, en lo que a mí toca, me prometía perfeccionar cada vez más mis juicios, y no volverlos peores, habría pensado cometer una gran falta contra el buen sentido si, por aprobar entonces alguna cosa, me hubiera obligado a tenerla por buena también después, cuando quizá hubiera dejado de serlo, o yo hubiera dejado de estimarla tal.

Mi segunda máxima era ser lo más firme y lo más resuelto en mis acciones que pudiera, y no seguir con menos constancia las opiniones más dudosas, una vez que me hubiera decidido por ellas, que si hubieran sido muy seguras. Imitando en esto a los viajeros que, cuando se encuentran extraviados en algún bosque, no deben errar dando vueltas, unas veces hacia un lado, otras hacia otro, ni mucho menos detenerse en un lugar, sino caminar siempre lo más derecho que puedan hacia un mismo lado, y no cambiarlo por razones débiles, aunque al principio quizá no haya sido sino el azar el que los determinó a escogerlo: porque, de este modo, si no llegan justamente adonde desean, llegarán AT 25 por lo menos al final a alguna parte, donde verosímilmente estarán mejor que en medio de un bosque. Y así, como las acciones de la vida a menudo no admiten ninguna demora, es una verdad muy cierta que, cuando no está en nuestro poder discernir las opiniones más verdaderas, debemos seguir las más probables; e incluso que, aunque no advirtamos más probabilidad en unas que en otras, debemos, no obstante, decidirnos por algunas, y considerarlas después ya no como dudosas, en cuanto se refieren a la práctica, sino como muy verdaderas y muy ciertas, porque la razón que nos hizo decidirnos por ellas sí lo es.

Y esto bastó desde entonces para librarme de todos los arrepentimientos y los remordimientos que suelen agitar las conciencias de esos espíritus débiles y vacilantes que se dejan llevar sin constancia a practicar como buenas las cosas que después juzgan malas.

Mi tercera máxima era procurar siempre vencerme a mí mismo antes que a la fortuna, y cambiar mis deseos antes que el orden del mundo; y, en general, acostumbrarme a creer que no hay nada que esté enteramente en nuestro poder sino nuestros pensamientos, de modo que, después de haber hecho lo mejor que podemos respecto de las cosas que nos son exteriores, todo lo que no nos sale bien es, para nosotros, absolutamente imposible. Y esto solo me parecía suficiente para impedirme desear en adelante nada que no pudiera conseguir, y así para dejarme contento. Porque, como nuestra voluntad no se inclina naturalmente a [AT 26] desear sino las cosas que nuestro entendimiento le representa de algún modo como posibles, es cierto que, si consideramos todos los bienes que están fuera de nosotros como igualmente alejados de nuestro poder, no tendremos más pesar por carecer de los que parecen debidos a nuestro nacimiento, cuando seamos privados de ellos sin culpa nuestra, que el que tenemos por no poseer los reinos de la China o de México; y que, haciendo, como suele decirse, de la necesidad virtud, no desearemos más estar sanos estando enfermos, o estar libres estando en prisión, de lo que ahora deseamos tener cuerpos de una materia tan poco corruptible como los diamantes, o alas para volar como los pájaros. Pero confieso que se necesita un largo ejercicio, y una meditación muchas veces reiterada, para acostumbrarse a mirar todas las cosas desde este ángulo; y creo que principalmente en esto consistía el secreto de aquellos filósofos que pudieron en otro tiempo sustraerse al imperio de la fortuna y, a pesar de los dolores y de la pobreza, rivalizar en felicidad con sus dioses. Porque, ocupados sin cesar en considerar los límites que les estaban prescritos por la naturaleza, se persuadían tan perfectamente de que nada estaba en su poder sino sus pensamientos, que eso solo bastaba para impedirles tener apego alguno a otras cosas; y disponían de ellos tan absolutamente que tenían en esto alguna razón para estimarse más ricos, y más poderosos, y más libres, y más felices

que cualquiera de los demás hombres, los cuales, al no tener esta filosofía, por favorecidos AT 27 que estén por la naturaleza y por la fortuna, nunca disponen así de todo lo que quieren.

Por último, para concluir esta moral, se me ocurrió pasar revista a las diversas ocupaciones que tienen los hombres en esta vida, para procurar escoger la mejor; y, sin querer decir nada de las de los demás, pensé que no podía hacer nada mejor que continuar en esa misma en que me encontraba, es decir, emplear toda mi vida en cultivar mi razón y avanzar, tanto como pudiera, en el conocimiento de la verdad, siguiendo el método que me había prescrito. Había experimentado satisfacciones tan extremas desde que empecé a servirme de este método, que no creía que se pudieran recibir otras más dulces ni más inocentes en esta vida; y, como descubría todos los días por su medio algunas verdades que me parecían bastante importantes y comúnmente ignoradas por los demás hombres, la satisfacción que eso me daba llenaba de tal modo mi espíritu que todo lo demás no me tocaba. Además, las tres máximas precedentes no estaban fundadas sino en el propósito que tenía de seguir instruyéndome: porque, como Dios nos ha dado a cada uno alguna luz para discernir lo verdadero de lo falso, no habría creído que debía contentarme con las opiniones ajenas ni un solo momento si no me hubiera propuesto emplear mi propio juicio en examinarlas cuando fuera tiempo; y no habría sabido librarme de escrúpulos al seguirlas si no hubiera esperado no perder por ello ninguna ocasión de encontrar otras mejores, en caso de que AT 28 las hubiera. Y, en fin, no habría sabido limitar mis deseos ni estar contento si no hubiera seguido un camino por el cual, pensando estar seguro de la adquisición de todos los conocimientos de que fuera capaz, pensaba estarlo, por el mismo medio, de la de todos los verdaderos bienes que alguna vez estuvieran en mi poder; tanto más cuanto que, como nuestra voluntad no se inclina a seguir ni a rehuir ninguna cosa sino según nuestro entendimiento se la representa buena o mala, basta juzgar bien para obrar bien, y juzgar lo mejor que se pueda para obrar también lo mejor posible, es decir, para adquirir todas las virtudes, y junto con ellas

todos los demás bienes que se puedan adquirir; y cuando uno está seguro de que así es, no puede dejar de estar contento.

Después de haberme asegurado así de estas máximas y de haberlas puesto aparte, junto con las verdades de la fe, que siempre han sido las primeras en mi creencia, juzgué que, en cuanto a todo el resto de mis opiniones, podía emprender libremente deshacerme de ellas. Y como esperaba poder llevarlo mejor a cabo conversando con los hombres que permaneciendo más tiempo encerrado en el cuarto con estufa donde había tenido todos estos pensamientos, el invierno no había terminado del todo cuando me puse de nuevo a viajar. Y en todos los nueve años siguientes no hice otra cosa que andar rodando de un lado a otro por el mundo, procurando ser en él espectador más que actor en todas las comedias que en él se representan; y, reflexionando en particular, en cada materia, sobre lo que podía volverla sospechosa y darnos ocasión de equivocarnos, desarraigaba entretanto de mi espíritu todos los errores que antes habían podido [AT 29] deslizarse en él. No es que imitara por eso a los escépticos, que dudan solo por dudar y afectan estar siempre irresolutos: porque, al contrario, todo mi propósito no tendía sino a asegurarme, y a apartar la tierra movediza y la arena para encontrar la roca o la arcilla. Lo cual me salía, según me parece, bastante bien, tanto más cuanto que, al procurar descubrir la falsedad o la incertidumbre de las proposiciones que examinaba, no por conjeturas débiles sino por razonamientos claros y seguros, no encontraba ninguna tan dudosa que no sacara siempre de ella alguna conclusión bastante cierta, aunque no fuera más que esta misma: que no contenía nada cierto. Y así como, al derribar una casa vieja, se suelen guardar los materiales de la demolición para que sirvan a construir una nueva, así, al destruir todas aquellas de mis opiniones que juzgaba mal fundadas, hacía diversas observaciones y adquiría muchas experiencias que me han servido después para establecer otras más ciertas. Y, por otra parte, seguía ejercitándome en el método que me había prescrito; porque, además de que cuidaba de conducir en general todos mis pensamientos según sus reglas, me reservaba de vez en cuando algunas horas que empleaba en particular en practicarlo en dificultades de matemáticas, o

incluso también en algunas otras que podía volver casi semejantes a las de las matemáticas, desprendiéndolas de todos los principios de las demás ciencias, que no encontraba bastante firmes, como verán ustedes que he hecho en varias que se explican en este volumen. Y así, sin vivir de otra AT 30 manera, en apariencia, que los que, sin tener más ocupación que pasar una vida dulce e inocente, se esfuerzan en separar los placeres de los vicios, y que, para gozar de su ocio sin aburrirse, recurren a todas las diversiones que son honestas, no dejaba de seguir adelante con mi propósito y de avanzar en el conocimiento de la verdad, quizá más que si no hubiera hecho otra cosa que leer libros o frecuentar a gente de letras.

Sin embargo, esos nueve años transcurrieron antes de que yo hubiera tomado todavía partido alguno acerca de las dificultades que suelen disputarse entre los doctos, ni empezado a buscar los fundamentos de ninguna filosofía más cierta que la vulgar. Y el ejemplo de varios espíritus excelentes que, habiendo tenido antes ese propósito, me parecían no haberlo logrado, me hacía imaginar en ello tanta dificultad que quizá no me habría atrevido todavía tan pronto a emprenderlo, si no hubiera visto que algunos hacían correr ya el rumor de que yo lo había llevado a cabo. No sabría decir en qué fundaban esta opinión; y si yo contribuí a ella en algo con lo que decía, debe de haber sido confesando con más franqueza lo que ignoraba de lo que suelen hacerlo quienes han estudiado un poco, y quizá también haciendo ver las razones que tenía para dudar de muchas cosas que los demás tienen por ciertas, más que jactándome de doctrina alguna. Pero, como tenía el corazón lo bastante bueno para no querer que se me tomara por otro distinto del que era, pensé que debía procurar por todos los medios hacerme digno de la reputación AT 31 que se me daba; y hace justamente ocho años que este deseo me hizo resolverme a alejarme de todos los lugares donde podía tener conocidos, y a retirarme aquí, a un país donde la larga duración de la guerra ha hecho establecer tal orden que los ejércitos que en él se mantienen no parecen servir sino para que se gocen los frutos de la paz con tanta mayor seguridad, y donde, en medio de la multitud de un gran pueblo muy activo, y más cuidadoso

de sus propios asuntos que curioso de los ajenos, sin carecer de ninguna de las comodidades que hay en las ciudades más concurridas, he podido vivir tan solitario y retirado como en los desiertos más apartados.

Notas

1. Una moral provisional (AT 22). *Une morale par provision*: la que uno se da mientras reconstruye todo lo demás, como la casa donde se vive mientras se derriba y se rehace la propia. Descartes dice que son «tres o cuatro máximas»: tres reglas de conducta y una resolución final, la de dedicar la vida a cultivar la razón.

2. Nueve años de viaje, ocho de retiro (AT 28-31). Después del invierno de 1619, Descartes anda nueve años «rodando» por el mundo, más espectador que actor. Luego se retira «aquí», a un país donde los ejércitos parecen servir solo para que se gocen en paz los frutos de la paz: las Provincias Unidas, los Países Bajos de hoy, donde vivía cuando publicó el libro.

Cuarta parte

No sé si debo hablarles de las primeras meditaciones que hice aquí; porque son tan metafísicas y tan poco comunes que quizá no sean del gusto de todo el mundo. Y, sin embargo, para que se pueda juzgar si los fundamentos que he tomado son lo bastante firmes, me veo de algún modo obligado a hablar de ellas. Desde hacía mucho tiempo había advertido que, en cuanto a las costumbres, a veces es necesario seguir opiniones que se saben muy inciertas, exactamente como si fueran indudables, según se ha dicho más arriba; pero, como entonces deseaba dedicarme solo a la búsqueda de la verdad, pensé que tenía que hacer todo lo contrario, y rechazar como absolutamente falso todo aquello en que pudiera imaginar la menor duda, para ver si después de eso no quedaría en mi creencia alguna cosa que fuera enteramente indudable. Así, AT 32 puesto que nuestros sentidos nos engañan a veces, quise suponer que no había ninguna cosa que fuera tal como ellos nos la hacen imaginar. Y como hay hombres que se equivocan al razonar, aun acerca de las más simples materias de geometría, y cometen en ellas paralogismos, juzgando que yo estaba tan expuesto a errar como cualquier otro, rechacé como falsas todas las razones que antes había tomado por demostraciones. Y, por último, considerando que todos los mismos pensamientos que tenemos despiertos nos pueden venir también cuando dormimos, sin que ninguno sea entonces verdadero, resolví fingir que todas las cosas que alguna vez me habían entrado en el espíritu no eran más verdaderas que las ilusiones de mis sueños. Pero inmediatamente después advertí que, mientras quería pensar así que todo era falso, era necesario que yo, que lo pensaba, fuera alguna cosa. Y advirtiendo que esta verdad: *pienso, luego soy*, era tan firme y tan segura que todas las más extravagantes suposiciones de los escépticos no eran capaces de sacudirla, juzgué que podía recibirla sin escrúpulo como el primer principio de la filosofía que buscaba.

Luego, examinando con atención lo que yo era, y viendo que podía fingir que no tenía ningún cuerpo, y que no había ningún mundo ni

ningún lugar donde yo estuviera, pero que no podía fingir por eso que yo no era; y que, al contrario, del hecho mismo de que pensaba en dudar de la verdad de las demás cosas se seguía muy evidentemente y muy ciertamente que yo era; mientras que, con solo que hubiera AT 33 dejado de pensar, aunque todo el resto de lo que alguna vez había imaginado hubiera sido verdadero, no tenía ninguna razón para creer que yo hubiera sido: conocí por ello que yo era una sustancia cuya esencia o naturaleza toda no es sino pensar, y que, para ser, no necesita de ningún lugar ni depende de ninguna cosa material. De modo que este yo, es decir, el alma por la cual soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo, y aun más fácil de conocer que él, y aunque él no fuera, ella no dejaría de ser todo lo que es.

Después de esto, consideré en general lo que se requiere para que una proposición sea verdadera y cierta; porque, puesto que acababa de encontrar una que sabía que lo era, pensé que debía saber también en qué consiste esa certeza. Y habiendo advertido que no hay nada en absoluto en esto: *pienso, luego soy*, que me asegure que digo la verdad, sino que veo muy claramente que para pensar es preciso ser, juzgué que podía tomar como regla general que las cosas que concebimos muy clara y muy distintamente son todas verdaderas; pero que solo hay alguna dificultad en advertir bien cuáles son las que concebimos distintamente.

En consecuencia, reflexionando sobre el hecho de que dudaba, y de que, por consiguiente, mi ser no era del todo perfecto, pues veía claramente que conocer era una perfección mayor que dudar, se me ocurrió buscar de dónde había aprendido a pensar en alguna cosa más perfecta de lo que yo era; y conocí con evidencia que debía de ser AT 34 de alguna naturaleza que fuera en efecto más perfecta. En cuanto a los pensamientos que tenía de muchas otras cosas fuera de mí, como del cielo, de la tierra, de la luz, del calor y de mil otras, no me preocupaba tanto saber de dónde venían, porque, como no advertía en ellos nada que me pareciera hacerlos superiores a mí, podía creer que, si eran verdaderos, eran dependencias de mi naturaleza, en cuanto esta tenía alguna perfección; y, si no lo eran, que los tenía de la nada, es decir, que

estaban en mí porque yo tenía defecto. Pero no podía suceder lo mismo con la idea de un ser más perfecto que el mío: porque tenerla de la nada era cosa manifiestamente imposible; y como no hay menos repugnancia en que lo más perfecto sea una consecuencia y una dependencia de lo menos perfecto que en que de la nada proceda algo, tampoco podía tenerla de mí mismo. De modo que quedaba que hubiera sido puesta en mí por una naturaleza que fuera verdaderamente más perfecta de lo que yo era, y que incluso tuviera en sí todas las perfecciones de las que yo podía tener alguna idea, es decir, para explicarme en una palabra, que fuera Dios. A lo cual añadí que, puesto que conocía algunas perfecciones que no tenía, yo no era el único ser que existía (usaré aquí libremente, con su permiso, los términos de las escuelas), sino que era preciso, por necesidad, que hubiera algún otro más perfecto, del cual yo dependiera y del cual hubiera adquirido todo lo que tenía. Porque, si hubiera estado solo e independiente de todo otro, de modo que hubiera tenido AT 35 de mí mismo todo eso poco que participaba del ser perfecto, habría podido tener de mí, por la misma razón, todo lo demás que sabía que me faltaba, y ser así yo mismo infinito, eterno, inmutable, omnisciente, omnipotente y, en fin, tener todas las perfecciones que podía advertir que había en Dios. Porque, siguiendo los razonamientos que acabo de hacer, para conocer la naturaleza de Dios, tanto como la mía era capaz de ello, no tenía más que considerar, de todas las cosas de las que encontraba en mí alguna idea, si era perfección o no poseerlas, y estaba seguro de que ninguna de las que indicaban alguna imperfección estaba en él, pero que todas las demás sí estaban. Así, veía que la duda, la inconstancia, la tristeza y cosas semejantes no podían estar en él, puesto que yo mismo habría estado muy contento de verme libre de ellas. Luego, además de esto, tenía ideas de muchas cosas sensibles y corporales: porque, aunque supusiera que soñaba y que todo lo que veía o imaginaba era falso, no podía negar, sin embargo, que sus ideas estuvieran verdaderamente en mi pensamiento; pero como ya había conocido en mí muy claramente que la naturaleza inteligente es distinta de la corporal, considerando que toda composición atestigua dependencia, y que la dependencia es manifiestamente un defecto,

juzgaba por ello que no podía ser una perfección en Dios estar compuesto de estas dos naturalezas, y que, por consiguiente, no lo estaba; pero que, si había algunos cuerpos en el mundo, o bien algunas inteligencias u otras naturalezas que no fueran del todo [AT 36] perfectas, su ser debía depender de su poder, de tal suerte que no podían subsistir sin él un solo momento.

Después de esto quise buscar otras verdades, y, habiéndome propuesto el objeto de los geómetras, que concebía como un cuerpo continuo, o un espacio indefinidamente extendido en longitud, anchura y altura o profundidad, divisible en diversas partes que podían tener diversas figuras y magnitudes, y ser movidas o trasladadas de todas maneras —porque los geómetras suponen todo eso en su objeto—, recorrí algunas de sus demostraciones más simples. Y habiendo advertido que esa gran certeza que todo el mundo les atribuye no está fundada sino en que se las concibe con evidencia, según la regla que dije hace un momento, advertí también que no había nada en absoluto en ellas que me asegurara la existencia de su objeto. Porque, por ejemplo, veía bien que, suponiendo un triángulo, era preciso que sus tres ángulos fueran iguales a dos rectos; pero no veía por eso nada que me asegurara que hubiera en el mundo ningún triángulo. Mientras que, volviendo a examinar la idea que tenía de un ser perfecto, encontraba que la existencia estaba comprendida en ella del mismo modo que está comprendido en la de un triángulo que sus tres ángulos son iguales a dos rectos, o en la de una esfera que todas sus partes están igualmente distantes de su centro, o incluso con más evidencia aún; y que, por consiguiente, es por lo menos tan cierto que Dios, que es ese ser perfecto, es o existe, como pueda serlo cualquier demostración de geometría.

[AT 37] Pero lo que hace que haya muchos que se persuadan de que hay dificultad en conocerlo, e incluso también en conocer qué es su alma, es que nunca elevan su espíritu más allá de las cosas sensibles, y que están tan acostumbrados a no considerar nada sino imaginándolo, que es una manera de pensar particular para las cosas materiales, que todo lo que no es imaginable les parece no ser inteligible. Lo cual es bastante

manifiesto por el hecho de que aun los filósofos tienen por máxima, en las escuelas, que no hay nada en el entendimiento que no haya estado primero en el sentido, donde, sin embargo, es cierto que las ideas de Dios y del alma nunca han estado. Y me parece que los que quieren usar su imaginación para comprenderlas hacen exactamente lo mismo que si, para oír los sonidos u oler los olores, quisieran servirse de sus ojos: salvo que hay todavía esta diferencia, que el sentido de la vista no nos asegura menos de la verdad de sus objetos que los del olfato o del oído; mientras que ni nuestra imaginación ni nuestros sentidos podrían asegurarnos nunca de ninguna cosa si nuestro entendimiento no interviene.

Por último, si todavía hay hombres que no estén lo bastante persuadidos de la existencia de Dios y de su alma por las razones que he aportado, quiero que sepan que todas las demás cosas de las que quizá se creen más seguros, como tener un cuerpo, y que hay astros y una tierra, y cosas semejantes, son menos ciertas. Porque, aunque se tenga de estas cosas una seguridad moral, que es tal que parece [AT 38] que, a menos de ser extravagante, no se puede dudar de ellas, también, sin embargo, a menos de ser irrazonable, cuando se trata de una certeza metafísica, no se puede negar que es motivo suficiente para no estar enteramente seguro de ellas haber advertido que uno puede, de la misma manera, imaginarse, estando dormido, que tiene otro cuerpo, y que ve otros astros y otra tierra, sin que haya nada de eso. Porque ¿de dónde se sabe que los pensamientos que vienen en sueños son falsos más bien que los otros, puesto que a menudo no son menos vivos y nítidos? Y por más que los mejores espíritus lo estudien todo lo que quieran, no creo que puedan dar ninguna razón que sea suficiente para quitar esta duda si no presuponen la existencia de Dios. Porque, en primer lugar, eso mismo que hace un momento tomé por regla, a saber, que las cosas que concebimos muy clara y muy distintamente son todas verdaderas, no es seguro sino porque Dios es o existe, y es un ser perfecto, y todo lo que hay en nosotros viene de él. De donde se sigue que nuestras ideas o nociones, puesto que son cosas reales y que vienen de Dios, en todo aquello en que son claras y distintas, no pueden ser en eso sino verdaderas. De modo que, si con bastante frecuencia tenemos algunas

que contienen falsedad, no pueden ser sino de las que tienen algo de confuso y oscuro, porque en eso participan de la nada, es decir, que no están así confusas en nosotros sino porque no somos del todo perfectos. Y es evidente que no hay menos repugnancia en que la falsedad o la imperfección [AT 39] proceda de Dios, en cuanto tal, que en que la verdad o la perfección proceda de la nada. Pero si no supiéramos que todo lo que hay en nosotros de real y de verdadero viene de un ser perfecto e infinito, por claras y distintas que fueran nuestras ideas, no tendríamos ninguna razón que nos asegurara que tienen la perfección de ser verdaderas.

Ahora bien, después de que el conocimiento de Dios y del alma nos ha dado así certeza de esta regla, es muy fácil conocer que las ensoñaciones que imaginamos estando dormidos no deben en modo alguno hacernos dudar de la verdad de los pensamientos que tenemos estando despiertos. Porque, si sucediera, aun durmiendo, que se tuviera alguna idea muy distinta, como, por ejemplo, que un geómetra inventara alguna demostración nueva, el estar dormido no impediría que fuera verdadera. Y en cuanto al error más ordinario de nuestros sueños, que consiste en que nos representan diversos objetos del mismo modo que lo hacen nuestros sentidos exteriores, no importa que nos dé ocasión de desconfiar de la verdad de tales ideas, porque también ellas pueden engañarnos con bastante frecuencia sin que estemos dormidos: como cuando los que tienen ictericia lo ven todo de color amarillo, o cuando los astros u otros cuerpos muy alejados nos parecen mucho más pequeños de lo que son. Porque, en fin, ya sea que estemos despiertos, ya sea que durmamos, nunca debemos dejarnos persuadir sino por la evidencia de nuestra razón. Y hay que advertir que digo de nuestra razón, y no de nuestra imaginación ni de nuestros sentidos. Así, aunque veamos el sol [AT 40] muy claramente, no debemos juzgar por eso que no tenga más que el tamaño con que lo vemos; y bien podemos imaginar distintamente una cabeza de león injertada en el cuerpo de una cabra sin que haya que concluir por eso que exista en el mundo una quimera: porque la razón no nos dicta que lo que vemos o imaginamos así sea verdadero. Pero sí nos dicta que todas nuestras ideas o nociones deben

tener algún fundamento de verdad; porque no sería posible que Dios, que es del todo perfecto y del todo veraz, las hubiera puesto en nosotros sin eso. Y como nuestros razonamientos nunca son tan evidentes ni tan completos durante el sueño como durante la vigilia, aunque a veces nuestras imaginaciones sean entonces tan vivas y nítidas o más, también nos dicta que, como nuestros pensamientos no pueden ser todos verdaderos, porque no somos del todo perfectos, lo que tienen de verdad debe infaliblemente encontrarse en los que tenemos estando despiertos antes que en nuestros sueños.

Notas

1. «Pienso, luego soy». En francés, Descartes escribe *je pense, donc je suis* (AT 32 y 33). *Suis* es del verbo *être*, «ser»: por eso esta traducción dice «pienso, luego soy», y no la fórmula que todos conocen.

«Pienso, luego existo» no viene de este libro, sino de su vida en latín. En 1644 se publicó en Ámsterdam la traducción latina del *Discurso*, hecha por Étienne de Courcelles y revisada por Descartes. Ahí la frase se alarga: *ego cogito, ergo sum, sive existo*, «pienso, luego soy, o sea, existo» (AT VI 558). Ese mismo año, en los *Principios de la filosofía* (I, 7), Descartes la escribe en latín sin el añadido: *ego cogito, ergo sum* (AT VIII-1, 7). Y en la segunda de las *Meditaciones* (1641), donde el argumento se hace sin la fórmula, lo que queda firme es *ego sum, ego existo*, «yo soy, yo existo» (AT VII 25). La tradición juntó las dos palabras, y en español se quedó con la segunda.

En el *Discurso* francés, Descartes usa las dos y no las confunde. Dice *exister* cuando quiere decir existir: «no era el único ser que existía» (AT 34), y de Dios, que «es o existe» (AT 36 y 38). Aquí, en cambio, dice *être*, y todo el pasaje gira en torno a ese verbo: no podía fingir «que yo no era» (AT 32), y lo único que le asegura la verdad de la frase es que «para pensar es preciso ser» (AT 33). Traducir «existo» rompería esa cadena.

En español, «soy» sin nada después suena incompleto: soy ¿qué? En francés pasa lo mismo, y es justo lo que Descartes examina enseguida: qué es ese yo que es. La respuesta es «una sustancia cuya esencia o naturaleza toda no es sino pensar» (AT 33).

2. Los escépticos (AT 32). Los filósofos que, desde la Antigüedad, enseñaban a suspender el juicio. Descartes no dice que la duda sea verdad: la usa como prueba,

para ver qué resiste.

3. Repugnancia (AT 34 y 38). En el lenguaje filosófico de la época, contradicción: que algo «repugne» es que no puede ser sin contradecirse. No tiene que ver con el asco.

4. Los términos de las escuelas (AT 34). Al probar que no es «el único ser que existía», Descartes pide permiso para usar el vocabulario de la filosofía escolástica, que él mismo quiere dejar atrás.

5. Seguridad moral y certeza metafísica (AT 37-38). La primera basta para vivir: nadie en su sano juicio duda de que tiene cuerpo. La segunda no admite ni la menor razón para dudar. Descartes las opone para mostrar que la existencia de Dios es más cierta que la del mundo.

Quinta parte

Con gusto proseguiría y haría ver aquí toda la cadena de las otras verdades que he deducido de estas primeras. Pero, como para ello sería ahora necesario que hablara de varias cuestiones que están en controversia entre los doctos, con quienes no deseo enemistarme, creo que será mejor que me abstenga y que diga solo en general cuáles son, para dejar que los más sabios juzguen si sería útil que el público fuera informado de ellas más en particular. Me he AT 41 mantenido siempre firme en la resolución que había tomado de no suponer ningún otro principio que aquel del que acabo de servirme para demostrar la existencia de Dios y del alma, y de no recibir ninguna cosa por verdadera que no me pareciera más clara y más cierta de lo que antes me habían parecido las demostraciones de los geómetras. Y sin embargo, me atrevo a decir que no solo he encontrado el modo de satisfacerme en poco tiempo respecto de todas las principales dificultades que se suelen tratar en la filosofía, sino también que he advertido ciertas leyes que Dios ha establecido de tal manera en la naturaleza, y de las cuales ha impreso tales nociones en nuestras almas, que, después de haber reflexionado bastante sobre ellas, no podríamos dudar de que se observan exactamente en todo lo que es o se hace en el mundo. Luego, al considerar la secuencia de estas leyes, me parece haber descubierto varias verdades más útiles y más importantes que todo lo que había aprendido antes, o incluso esperado aprender.

Pero como he procurado explicar las principales en un tratado que algunas consideraciones me impiden publicar, no podría darlas a conocer mejor que diciendo aquí en resumen lo que contiene. Tuve el propósito de incluir en él todo lo que pensaba saber, antes de escribirlo, acerca de la naturaleza de las cosas materiales. Pero, así como los pintores, al no poder representar igualmente bien en un cuadro plano todas las diversas caras de un cuerpo sólido, escogen una de las principales, que ponen sola de cara a la luz, y, sombreando las AT 42 otras, no las hacen aparecer sino en la medida en que se las puede ver al mirar

esa, así, temiendo no poder poner en mi discurso todo lo que tenía en el pensamiento, emprendí solamente exponer en él con toda amplitud lo que concebía de la luz; luego, con ocasión de ella, añadir algo del Sol y de las estrellas fijas, porque procede casi toda de ellos; de los cielos, porque la transmiten; de los planetas, de los cometas y de la Tierra, porque la reflejan; y en particular de todos los cuerpos que hay sobre la tierra, porque son o coloreados, o transparentes, o luminosos; y por último del hombre, porque es su espectador. Incluso, para sombrear un poco todas estas cosas y poder decir con más libertad lo que juzgaba de ellas, sin estar obligado a seguir ni a refutar las opiniones admitidas entre los doctos, resolví dejar todo este mundo de aquí a sus disputas y hablar solo de lo que ocurriría en uno nuevo, si Dios creara ahora en alguna parte, en los espacios imaginarios, suficiente materia para componerlo, y agitara diversamente y sin orden las diversas partes de esta materia, de modo que compusiera con ella un caos tan confuso como puedan fingirlo los poetas, y que después no hiciera otra cosa que prestar su concurso ordinario a la naturaleza y dejarla actuar según las leyes que él ha establecido. Así, primero describí esta materia y procuré representarla de tal modo que no hay nada en el mundo, me parece, más claro ni más inteligible, excepto lo que hace poco se ha dicho de Dios y del alma: porque incluso supuse expresamente que [AT 43] no había en ella ninguna de esas formas o cualidades de que se disputa en las escuelas, ni en general ninguna cosa cuyo conocimiento no fuera tan natural a nuestras almas que no se pudiera siquiera fingir ignorarlo. Además, mostré cuáles eran las leyes de la naturaleza; y, sin apoyar mis razones en ningún otro principio que en las perfecciones infinitas de Dios, procuré demostrar todas aquellas de las que se hubiera podido tener alguna duda, y hacer ver que son tales que, aunque Dios hubiera creado varios mundos, no podría haber ninguno en que dejaran de observarse. Después de esto, mostré cómo la mayor parte de la materia de este caos debía, a consecuencia de estas leyes, disponerse y acomodarse de cierta manera que la hacía semejante a nuestros cielos; cómo, entretanto, algunas de sus partes debían componer una Tierra, y algunas, planetas y cometas, y algunas otras, un Sol y estrellas fijas. Y aquí, extendiéndome

sobre el tema de la luz, expliqué muy por extenso cuál era la que debía encontrarse en el Sol y en las estrellas, y cómo desde allí atravesaba en un instante los inmensos espacios de los cielos, y cómo se reflejaba de los planetas y de los cometas hacia la Tierra. Añadí también varias cosas acerca de la sustancia, la situación, los movimientos y todas las diversas cualidades de estos cielos y de estos astros; de modo que pensaba decir lo bastante para dar a conocer que no se advierte nada en los de este mundo que no debiera, o al menos que no pudiera, aparecer del todo semejante en los del mundo [AT 44] que yo describía. De ahí pasé a hablar en particular de la Tierra: cómo, aunque hubiera supuesto expresamente que Dios no había puesto ninguna pesantez en la materia de que estaba compuesta, todas sus partes no dejaban de tender exactamente hacia su centro; cómo, habiendo agua y aire en su superficie, la disposición de los cielos y de los astros, principalmente de la Luna, debía causar en ella un flujo y reflujo que fuera semejante, en todas sus circunstancias, al que se advierte en nuestros mares; y además cierta corriente, tanto del agua como del aire, de levante a poniente, como la que se advierte también entre los trópicos; cómo las montañas, los mares, los manantiales y los ríos podían formarse naturalmente en ella, y los metales venir a las minas, y las plantas crecer en los campos, y en general engendrarse en ella todos los cuerpos que se llaman mixtos o compuestos. Y, entre otras cosas, porque después de los astros no conozco nada en el mundo, fuera del fuego, que produzca luz, me esforcé por hacer entender con toda claridad todo lo que pertenece a su naturaleza: cómo se hace, cómo se alimenta; cómo a veces tiene solo calor sin luz, y a veces solo luz sin calor; cómo puede introducir diversos colores en diversos cuerpos, y diversas otras cualidades; cómo funde algunos y endurece otros; cómo puede consumirlos casi todos, o convertirlos en cenizas y en humo; y por último, cómo de estas cenizas, por la sola violencia de su acción, forma el vidrio: porque, como esta transmutación de [AT 45] cenizas en vidrio me parecía tan admirable como cualquier otra que se haga en la naturaleza, tuve un gusto particular en describirla.

Sin embargo, no quería inferir de todas estas cosas que este mundo haya sido creado de la manera que yo proponía; porque es mucho más

verosímil que, desde el principio, Dios lo hiciera tal como debía ser. Pero es cierto, y es una opinión comúnmente admitida entre los teólogos, que la acción por la cual ahora lo conserva es enteramente la misma que aquella por la cual lo creó; de modo que, aunque al principio no le hubiera dado otra forma que la del caos, con tal de que, habiendo establecido las leyes de la naturaleza, le prestara su concurso para que actuara como acostumbra, se puede creer, sin agraviar el milagro de la creación, que solo por eso todas las cosas puramente materiales habrían podido, con el tiempo, volverse tales como ahora las vemos. Y su naturaleza es mucho más fácil de concebir cuando se las ve nacer poco a poco de esta manera que cuando solo se las considera ya hechas.

De la descripción de los cuerpos inanimados y de las plantas pasé a la de los animales, y en particular a la de los hombres. Pero, como todavía no tenía bastante conocimiento de ellos para hablar en el mismo estilo que del resto, es decir, demostrando los efectos por las causas y haciendo ver de qué semillas y de qué manera debe producirlos la naturaleza, me contenté con suponer que Dios formara el cuerpo de un hombre enteramente semejante a AT 46 uno de los nuestros, tanto en la figura exterior de sus miembros como en la conformación interior de sus órganos, sin componerlo de otra materia que de la que yo había descrito, y sin poner en él, al principio, ninguna alma racional, ni ninguna otra cosa que sirviera de alma vegetativa o sensitiva, sino que excitara en su corazón uno de esos fuegos sin luz que ya había explicado, y que yo no concebía de otra naturaleza que el que calienta el heno cuando se lo ha guardado antes de que estuviera seco, o el que hace hervir los vinos nuevos cuando se los deja fermentar sobre el orujo. Porque, examinando las funciones que, a consecuencia de ello, podían darse en este cuerpo, encontraba en él exactamente todas las que pueden darse en nosotros sin que pensemos en ello, ni, por consiguiente, sin que contribuya nuestra alma, es decir, esa parte distinta del cuerpo de la cual se ha dicho antes que su naturaleza no es sino pensar; y que son todas las mismas en que puede decirse que los animales sin razón se nos parecen: sin que por eso pudiera encontrar en él ninguna de aquellas que, por depender del pensamiento, son las únicas que nos pertenecen en cuanto

hombres; mientras que las encontraba todas después, una vez supuesto que Dios creara un alma racional y la uniera a este cuerpo de cierta manera que yo describía.

Pero, para que se pueda ver de qué manera trataba allí esta materia, quiero poner aquí la explicación del movimiento del corazón y de las arterias, que, por ser el primero y el más general que se observa en los animales, permitirá juzgar fácilmente por él lo que se debe [AT 47] pensar de todos los demás. Y para que se tenga menos dificultad en entender lo que diré de él, quisiera que quienes no están versados en la anatomía se tomaran el trabajo, antes de leer esto, de hacer cortar delante de ellos el corazón de algún animal grande que tenga pulmones, porque en todos es bastante semejante al del hombre, y que se hicieran mostrar las dos cámaras o concavidades que hay en él. Primero, la que está en su lado derecho, a la cual corresponden dos conductos muy anchos: a saber, la vena cava, que es el principal receptáculo de la sangre, y como el tronco del árbol del que todas las demás venas del cuerpo son las ramas; y la vena arteriosa, que ha sido mal llamada así, porque en realidad es una arteria, la cual, tomando su origen del corazón, se divide, después de haber salido de él, en varias ramas que van a esparcirse por todas partes en los pulmones. Luego, la que está en su lado izquierdo, a la cual corresponden del mismo modo dos conductos que son tan anchos o más que los anteriores: a saber, la arteria venosa, que también ha sido mal llamada, porque no es otra cosa que una vena, la cual viene de los pulmones, donde está dividida en varias ramas, entrelazadas con las de la vena arteriosa y con las de ese conducto que llaman el gaznate, por donde entra el aire de la respiración; y la gran arteria, que, saliendo del corazón, envía sus ramas por todo el cuerpo. Quisiera también que se les mostraran con cuidado las once pequeñas membranas que, como otras tantas pequeñas puertas, abren y cierran las cuatro aberturas que hay en estas dos concavidades: a saber, [AT 48] tres a la entrada de la vena cava, donde están dispuestas de tal manera que no pueden de ningún modo impedir que la sangre que esta contiene corra a la concavidad derecha del corazón, y sin embargo impiden exactamente que pueda salir de ella; tres a la entrada de la vena arteriosa, que, por estar dispuestas al

revés, permiten a la sangre que está en esta concavidad pasar a los pulmones, pero no a la que está en los pulmones volver a ella; y asimismo otras dos a la entrada de la arteria venosa, que dejan correr la sangre de los pulmones hacia la concavidad izquierda del corazón, pero se oponen a su regreso; y tres a la entrada de la gran arteria, que le permiten salir del corazón, pero le impiden volver a él. Y no hace falta buscar otra razón del número de estas membranas sino que la abertura de la arteria venosa, por ser ovalada a causa del lugar en que se encuentra, puede cerrarse cómodamente con dos, mientras que las otras, por ser redondas, pueden cerrarse mejor con tres. Además, quisiera que se les hiciera considerar que la gran arteria y la vena arteriosa son de una composición mucho más dura y más firme que la arteria venosa y la vena cava; y que estas dos últimas se ensanchan antes de entrar en el corazón y forman allí como dos bolsas, llamadas las orejas del corazón, que están compuestas de una carne semejante a la suya; y que siempre hay más calor en el corazón que en ningún otro lugar del cuerpo; y, por último, que este calor es capaz de hacer que, si entra alguna gota de sangre en sus concavidades, se hinche prontamente y se AT 49 dilate, como hacen en general todos los líquidos cuando se los deja caer gota a gota en algún recipiente que está muy caliente.

Porque, después de esto, no necesito decir otra cosa para explicar el movimiento del corazón, sino que, cuando sus concavidades no están llenas de sangre, necesariamente corre a ellas sangre de la vena cava a la derecha, y de la arteria venosa a la izquierda, puesto que estos dos vasos están siempre llenos de ella y sus aberturas, que miran hacia el corazón, no pueden entonces estar tapadas; pero que, en cuanto han entrado así dos gotas de sangre, una en cada una de sus concavidades, estas gotas, que no pueden sino ser muy gruesas, porque las aberturas por donde entran son muy anchas y los vasos de donde vienen están muy llenos de sangre, se rarefacen y se dilatan a causa del calor que encuentran allí; por medio de lo cual, haciendo que se hinche todo el corazón, empujan y cierran las cinco pequeñas puertas que hay en las entradas de los dos vasos de donde vienen, impidiendo así que baje más sangre al corazón; y, al seguir rarefaciéndose cada vez más, empujan y abren las otras seis

pequeñas puertas que hay en las entradas de los otros dos vasos por donde salen, haciendo que se hinchen por este medio todas las ramas de la vena arteriosa y de la gran arteria casi en el mismo instante que el corazón; el cual, inmediatamente después, se deshincha, como lo hacen también estas arterias, porque la sangre que ha entrado en ellas se enfría allí, y sus seis pequeñas puertas se vuelven a cerrar, y las cinco de la vena cava y de la arteria venosa se vuelven a abrir y dan paso a AT 50 otras dos gotas de sangre, que hacen hincharse de nuevo el corazón y las arterias, del mismo modo que las anteriores. Y como la sangre que entra así en el corazón pasa por esas dos bolsas que llaman sus orejas, de ahí viene que su movimiento sea contrario al de él, y que se deshinchen cuando él se hincha. Por lo demás, para que quienes no conocen la fuerza de las demostraciones matemáticas, y no están acostumbrados a distinguir las razones verdaderas de las verosímiles, no se arriesguen a negar esto sin examinarlo, quiero advertirles que este movimiento que acabo de explicar se sigue tan necesariamente de la sola disposición de los órganos, que se puede ver a simple vista en el corazón, y del calor, que se puede sentir con los dedos, y de la naturaleza de la sangre, que se puede conocer por experiencia, como el de un reloj se sigue de la fuerza, de la situación y de la figura de sus contrapesos y de sus ruedas.

Pero si se pregunta cómo la sangre de las venas no se agota al correr así continuamente al corazón, y cómo las arterias no se llenan demasiado de ella, puesto que toda la que pasa por el corazón va a parar a ellas, no necesito responder otra cosa que lo que ya ha escrito un médico de Inglaterra, a quien hay que dar el elogio de haber roto el hielo en este punto, y de ser el primero que ha enseñado que hay varios pequeños pasajes en las extremidades de las arterias, por donde la sangre que reciben del corazón entra en las pequeñas ramas de las venas, de donde va a parar de nuevo hacia el corazón, de modo que su curso no es otra cosa que una circulación AT 51 perpetua. Lo cual prueba muy bien por la experiencia ordinaria de los cirujanos, que, habiendo atado el brazo medianamente fuerte por encima del lugar donde abren la vena, hacen que la sangre salga de ella más abundantemente que si no lo hubieran atado. Y ocurriría todo lo contrario si lo ataran por debajo, entre la mano

y la abertura, o bien si lo ataran muy fuerte por encima. Porque es manifiesto que la ligadura medianamente apretada, si bien puede impedir que la sangre que ya está en el brazo vuelva hacia el corazón por las venas, no impide por eso que siga llegando siempre sangre nueva por las arterias, porque estas están situadas debajo de las venas, y sus membranas, por ser más duras, son menos fáciles de oprimir, y también porque la sangre que viene del corazón tiende con más fuerza a pasar por ellas hacia la mano que a volver de allí hacia el corazón por las venas. Y puesto que esta sangre sale del brazo por la abertura que hay en una de las venas, necesariamente debe haber algunos pasajes por debajo de la ligadura, es decir, hacia las extremidades del brazo, por donde pueda llegarle de las arterias. Prueba también muy bien lo que dice del curso de la sangre por ciertas pequeñas membranas que están dispuestas de tal manera en diversos lugares a lo largo de las venas que no le permiten pasar por ellas del medio del cuerpo hacia las extremidades, sino solo volver de las extremidades hacia el corazón; y además, por la experiencia que muestra que toda la que hay en el cuerpo puede salir de él en muy poco tiempo por una sola arteria cuando se la corta, aun cuando estuviera estrechamente atada muy cerca del corazón y cortada entre él y la ligadura, de modo que AT 52 no hubiera ningún motivo para imaginar que la sangre que saliera de ella viniera de otra parte.

[Al margen: Hervaeus, *De motu cordis*.]

Pero hay otras varias cosas que atestiguan que la verdadera causa de este movimiento de la sangre es la que he dicho. Como, en primer lugar, la diferencia que se advierte entre la que sale de las venas y la que sale de las arterias no puede proceder sino de que, por haber sido rarefacta y como destilada al pasar por el corazón, es más sutil, más viva y más caliente inmediatamente después de haber salido de él, es decir, estando en las arterias, que poco antes de entrar en él, es decir, estando en las venas. Y si se pone atención, se encontrará que esta diferencia solo se nota bien cerca del corazón, y no tanto en los lugares que están más alejados de él. Luego, la dureza de las membranas de que están

compuestas la vena arteriosa y la gran arteria muestra bastante que la sangre golpea contra ellas con más fuerza que contra las venas. ¿Y por qué la concavidad izquierda del corazón y la gran arteria habrían de ser más amplias y más anchas que la concavidad derecha y la vena arteriosa? Si no fuera porque la sangre de la arteria venosa, que desde que pasó por el corazón no ha estado sino en los pulmones, es más sutil y se rareface con más fuerza y más fácilmente que la que viene inmediatamente de la vena cava. ¿Y qué pueden adivinar los médicos al tomar el pulso, si no saben que, según la sangre cambia de naturaleza, puede ser rarefacta por el calor del corazón con más o menos fuerza, y más o menos rápido que antes? Y si se examina cómo se comunica este calor a los demás miembros, ¿no hay que reconocer que es AT 53 por medio de la sangre, que, al pasar por el corazón, se recalienta allí y se esparce desde allí por todo el cuerpo? De donde viene que, si se quita la sangre de alguna parte, se le quita por el mismo medio el calor; y aunque el corazón fuera tan ardiente como un hierro al rojo vivo, no bastaría para recalentar los pies y las manos tanto como lo hace, si no les enviara continuamente sangre nueva. Luego también se conoce por ahí que el verdadero uso de la respiración es llevar bastante aire fresco al pulmón para hacer que la sangre que llega a él de la concavidad derecha del corazón, donde ha sido rarefacta y como convertida en vapores, se espese allí y se convierta de nuevo en sangre antes de volver a caer en la izquierda, sin lo cual no podría ser apta para servir de alimento al fuego que hay en ella. Lo cual se confirma porque se ve que los animales que no tienen pulmones no tienen tampoco más que una sola concavidad en el corazón, y que los niños, que no pueden usarlos mientras están encerrados en el vientre de sus madres, tienen una abertura por donde corre sangre de la vena cava a la concavidad izquierda del corazón, y un conducto por donde llega sangre de la vena arteriosa a la gran arteria, sin pasar por el pulmón. Luego la cocción, ¿cómo se haría en el estómago, si el corazón no le enviara calor por las arterias, y con él algunas de las partes más fluidas de la sangre, que ayudan a disolver los alimentos que se han puesto en él? Y la acción que convierte el jugo de estos alimentos en sangre, ¿no es fácil de conocer si se considera que se

destila al pasar y volver a pasar por el corazón, quizá más de cien o doscientas veces cada día? ¿Y qué necesidad hay de otra cosa AT 54 para explicar la nutrición y la producción de los diversos humores que hay en el cuerpo, sino decir que la fuerza con que la sangre, al rarefacerse, pasa del corazón hacia las extremidades de las arterias hace que algunas de sus partes se detengan entre las de los miembros donde se encuentran, y ocupen allí el lugar de algunas otras a las que expulsan; y que, según la situación, o la figura, o la pequeñez de los poros que encuentran, unas van a parar a ciertos lugares antes que otras, del mismo modo que cada quien puede haber visto diversas cribas que, por estar agujereadas de diversas maneras, sirven para separar diversos granos unos de otros? Y por último, lo más notable de todo esto es la generación de los espíritus animales, que son como un viento muy sutil, o más bien como una llama muy pura y muy viva, que, subiendo continuamente en gran abundancia del corazón al cerebro, va de allí por los nervios a los músculos y da el movimiento a todos los miembros; sin que haya que imaginar otra causa que haga que las partes de la sangre que, por ser las más agitadas y las más penetrantes, son las más aptas para componer estos espíritus, vayan hacia el cerebro antes que a otra parte, sino que las arterias que las llevan allí son las que vienen del corazón más en línea recta de todas, y que, según las reglas de la mecánica, que son las mismas que las de la naturaleza, cuando varias cosas tienden juntas a moverse hacia un mismo lado donde no hay bastante lugar para todas, como las partes de la sangre que salen de la concavidad izquierda del corazón tienden hacia el cerebro, AT 55 las más débiles y menos agitadas deben ser desviadas por las más fuertes, que por este medio van a parar allí solas.

Había explicado con bastante detalle todas estas cosas en el tratado que antes había tenido el propósito de publicar. Y a continuación había mostrado allí cuál debe ser la fábrica de los nervios y de los músculos del cuerpo humano para hacer que los espíritus animales, estando dentro, tengan la fuerza de mover sus miembros: como se ve que las cabezas, poco después de cortadas, todavía se mueven y muerden la tierra, aunque ya no estén animadas; qué cambios deben hacerse en el

cerebro para causar la vigilia, el dormir y los sueños; cómo la luz, los sonidos, los olores, los sabores, el calor y todas las demás cualidades de los objetos exteriores pueden imprimir en él diversas ideas por medio de los sentidos; cómo el hambre, la sed y las demás pasiones interiores pueden también enviarle las suyas; qué debe tomarse en él por el sentido común, donde se reciben estas ideas; por la memoria, que las conserva; y por la fantasía, que puede cambiarlas de diversas maneras y componer con ellas otras nuevas, y por el mismo medio, distribuyendo los espíritus animales en los músculos, hacer mover los miembros de este cuerpo de tantas maneras diversas, y tan a propósito de los objetos que se presentan a sus sentidos y de las pasiones interiores que hay en él, como pueden moverse los nuestros sin que la voluntad los conduzca. Lo cual no parecerá nada extraño a quienes, sabiendo cuántos *autómatas* diversos, o máquinas que se mueven, puede AT 56 hacer la industria de los hombres, sin emplear en ello más que muy pocas piezas, en comparación con la gran multitud de huesos, músculos, nervios, arterias, venas y todas las demás partes que hay en el cuerpo de cada animal, consideren este cuerpo como una máquina que, por haber sido hecha por las manos de Dios, está incomparablemente mejor ordenada y tiene en sí movimientos más admirables que ninguna de las que pueden inventar los hombres.

Y aquí me había detenido particularmente en hacer ver que, si hubiera tales máquinas que tuvieran los órganos y la figura de un mono o de algún otro animal sin razón, no tendríamos ningún medio para reconocer que no fueran en todo de la misma naturaleza que esos animales; mientras que, si hubiera algunas que tuvieran semejanza con nuestros cuerpos e imitaran nuestras acciones tanto como fuera moralmente posible, tendríamos siempre dos medios muy ciertos para reconocer que no por eso serían verdaderos hombres. De ellos, el primero es que nunca podrían usar palabras ni otros signos componiéndolos, como hacemos nosotros para declarar a los demás nuestros pensamientos. Porque bien se puede concebir que una máquina esté hecha de tal modo que profiera palabras, e incluso que profiera algunas a propósito de las acciones corporales que causen algún

cambio en sus órganos: como, si se la toca en algún lugar, que pregunte qué se le quiere decir; si en otro, que grite que se le hace daño, y cosas semejantes; pero no que las acomode de diversas maneras para responder [AT 57] al sentido de todo lo que se diga en su presencia, como pueden hacerlo los hombres más embotados. Y el segundo es que, aunque hicieran varias cosas tan bien o quizá mejor que cualquiera de nosotros, fallarían infaliblemente en algunas otras, por las cuales se descubriría que no actúan por conocimiento, sino solo por la disposición de sus órganos. Porque, mientras que la razón es un instrumento universal que puede servir en toda clase de ocasiones, estos órganos necesitan alguna disposición particular para cada acción particular; de donde viene que sea moralmente imposible que haya bastantes diversos en una máquina para hacerla actuar en todas las situaciones de la vida del mismo modo que nuestra razón nos hace actuar.

Ahora bien, por estos dos mismos medios se puede conocer también la diferencia que hay entre los hombres y los animales. Porque es una cosa muy notable que no hay hombres tan embotados y tan estúpidos, sin exceptuar siquiera a los dementes, que no sean capaces de acomodar juntas diversas palabras y de componer con ellas un discurso con el cual den a entender sus pensamientos; y que, por el contrario, no hay ningún otro animal, por perfecto y por bien dotado al nacer que pueda ser, que haga otro tanto. Lo cual no ocurre porque les falten órganos, pues se ve que las urracas y los loros pueden proferir palabras como nosotros, y sin embargo no pueden hablar como nosotros, es decir, dando testimonio de que piensan lo que dicen; mientras que los hombres que, habiendo nacido sordos y mudos, están privados de los órganos que sirven a los demás [AT 58] para hablar, tanto o más que los animales, suelen inventar por sí mismos algunos signos con los que se hacen entender por quienes, estando de ordinario con ellos, tienen tiempo de aprender su lengua. Y esto no atestigua solamente que los animales tienen menos razón que los hombres, sino que no tienen ninguna. Porque se ve que hace falta muy poca para saber hablar; y puesto que se advierte desigualdad entre los animales de una misma especie, igual que entre los hombres, y que unos son más fáciles de amaestrar que otros, no es

creíble que un mono o un loro que fuera de los más perfectos de su especie no igualara en esto a un niño de los más estúpidos, o al menos a un niño que tuviera el cerebro trastornado, si su alma no fuera de una naturaleza del todo diferente de la nuestra. Y no se deben confundir las palabras con los movimientos naturales que atestiguan las pasiones y pueden ser imitados por máquinas tanto como por los animales; ni pensar, como algunos antiguos, que los animales hablan, aunque nosotros no entendamos su lenguaje: porque, si fuera verdad, puesto que tienen varios órganos que se corresponden con los nuestros, podrían hacerse entender tanto por nosotros como por sus semejantes. Es también una cosa muy notable que, aunque hay varios animales que muestran más industria que nosotros en algunas de sus acciones, se ve sin embargo que los mismos no muestran ninguna en muchas otras: de modo que lo que hacen mejor que nosotros no prueba que tengan espíritu, porque en ese caso tendrían más que cualquiera de nosotros y harían [AT 59] mejor todas las cosas; sino más bien que no lo tienen, y que es la naturaleza la que actúa en ellos según la disposición de sus órganos: así como se ve que un reloj, que no está compuesto más que de ruedas y resortes, puede contar las horas y medir el tiempo con más exactitud que nosotros con toda nuestra prudencia.

Después de esto había descrito el alma racional, y hecho ver que de ningún modo puede sacarse de la potencia de la materia, como las demás cosas de que había hablado, sino que debe ser creada expresamente; y cómo no basta que esté alojada en el cuerpo humano como un piloto en su navío, salvo quizá para mover sus miembros, sino que es necesario que esté junta y unida más estrechamente con él para tener, además de eso, sentimientos y apetitos semejantes a los nuestros, y así componer un verdadero hombre. Por lo demás, me he extendido aquí un poco sobre el tema del alma porque es de los más importantes; pues, después del error de quienes niegan a Dios, el cual pienso haber refutado bastante más arriba, no hay ninguno que aparte más pronto a los espíritus débiles del recto camino de la virtud que imaginar que el alma de los animales es de la misma naturaleza que la nuestra, y que, por consiguiente, no tenemos nada que temer ni que esperar después de

esta vida, como tampoco las moscas y las hormigas; mientras que, cuando se sabe cuánto difieren, se comprenden mucho mejor las razones que prueban que la nuestra es de una naturaleza enteramente independiente del cuerpo y, por consiguiente, que no está sujeta a morir con él; luego, puesto AT 60 que no se ven otras causas que la destruyan, uno se inclina naturalmente a juzgar de ahí que es inmortal.

Notas

1. El tratado que no publica (AT 41). *El mundo*, o *Tratado de la luz*, que Descartes tenía casi terminado en 1633 y guardó. Esta parte es su resumen. El motivo se cuenta al principio de la sexta parte.

2. Alma racional, vegetativa y sensitiva (AT 46). Las tres almas de la tradición aristotélica: la de las plantas, que se nutre y crece; la de los animales, que además siente y se mueve; y la del hombre, que además piensa. Descartes explica las dos primeras con calor y movimiento, sin alma, y solo deja la racional.

3. La vena arteriosa y la arteria venosa (AT 47). Nombres antiguos de la arteria pulmonar y de la vena pulmonar. Descartes mismo advierte que están «mal llamadas».

4. Las orejas del corazón (AT 48). Las aurículas, del latín *auricula*, «oreja pequeña».

5. Un médico de Inglaterra (AT 50). William Harvey, que en 1628 publicó en Fráncfort su libro sobre el movimiento del corazón y de la sangre. En el impreso de 1637 una nota al margen lo nombra: *Heruæus, de motu cordis*. Descartes le reconoce la circulación de la sangre, pero explica el latido de otro modo: por el calor del corazón, que rarifica y dilata la sangre que entra en él (AT 49).

6. Los espíritus animales (AT 54-55). Término de la fisiología de la época, heredado de Galeno: las partes más sutiles de la sangre, que suben al cerebro y corren por los nervios para mover los músculos. «Animal» viene de *anima*, «alma»; no tiene que ver con los animales.

7. El sentido común y la fantasía (AT 55). Facultades de la psicología escolástica, que Descartes coloca en el cerebro. El sentido común es donde se reúnen las impresiones de todos los sentidos; la fantasía, la imaginación, que las combina. Nada que ver con el uso de hoy de las dos palabras.

8. Moralmente posible, moralmente imposible (AT 56-57). Posible o imposible en la práctica, con la certeza que basta para la vida, aunque no sea una demostración.

9. Las dos pruebas (AT 56-57). Una máquina que imitara a un hombre no podría usar palabras para declarar lo que piensa, ni actuar bien en todas las situaciones, porque la razón es «un instrumento universal» y los órganos de una máquina sirven cada uno para una sola cosa.

Sexta parte

Ahora bien, hace ya tres años que había llegado al final del tratado que contiene todas estas cosas, y que comenzaba a revisarlo para ponerlo en manos de un impresor, cuando supe que unas personas a quienes muestro deferencia, y cuya autoridad no tiene sobre mis acciones mucho menos poder que mi propia razón sobre mis pensamientos, habían desaprobado una opinión de física publicada un poco antes por otro, de la que no quiero decir que yo la compartiera, sino solo que no había notado en ella, antes de su censura, nada que pudiera imaginar que fuera perjudicial ni para la religión ni para el Estado, ni, por consiguiente, que me hubiera impedido escribirla si la razón me hubiera persuadido de ella; y que esto me hizo temer que se encontrara igualmente alguna entre las mías en la que me hubiera equivocado, a pesar del gran cuidado que siempre he tenido de no admitir en mi creencia ninguna nueva de la que no tuviera demostraciones muy ciertas, y de no escribir ninguna que pudiera redundar en perjuicio de nadie. Lo cual ha bastado para obligarme a cambiar la resolución que había tomado de publicarlas. Porque, aunque las razones por las que la había tomado antes eran muy fuertes, mi inclinación, que siempre me ha hecho odiar el oficio de hacer libros, me hizo encontrar en seguida bastantes otras para excusarme de ello. Y estas razones, de una parte y de otra, son tales que no AT 61 solo tengo aquí algún interés en decirlas, sino que quizá también el público lo tenga en conocerlas.

Nunca he hecho mucho caso de las cosas que venían de mi espíritu, y mientras no he recogido del método de que me sirvo otros frutos que el haber quedado satisfecho acerca de algunas dificultades que pertenecen a las ciencias especulativas, o bien el haber procurado regir mis costumbres por las razones que me enseñaba, no he creído estar obligado a escribir nada de ello. Porque, en lo que toca a las costumbres, cada quien abunda tanto en su propio parecer que podría haber tantos reformadores como cabezas, si se permitiera emprender algún cambio en ellas a otros que a aquellos a quienes Dios ha establecido como

soberanos de sus pueblos, o bien a aquellos a quienes ha dado bastante gracia y celo para ser profetas; y aunque mis especulaciones me agradaban mucho, he creído que los demás también tenían las suyas, que quizá les agradaban más. Pero, tan pronto como adquirí algunas nociones generales acerca de la física, y, comenzando a ponerlas a prueba en diversas dificultades particulares, noté hasta dónde pueden conducir y cuánto difieren de los principios que se han usado hasta ahora, creí que no podía mantenerlas ocultas sin pecar gravemente contra la ley que nos obliga a procurar, en cuanto está en nosotros, el bien general de todos los hombres. Porque me han hecho ver que es posible llegar a conocimientos que sean muy útiles para la vida, y que, en lugar de esa filosofía especulativa que se enseña en las escuelas, se puede encontrar AT 62 una práctica, por la cual, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de todos los demás cuerpos que nos rodean, tan distintamente como conocemos los diversos oficios de nuestros artesanos, podríamos emplearlos del mismo modo en todos los usos para los que son propios, y así hacernos como dueños y poseedores de la naturaleza. Lo cual no es de desear solamente para la invención de una infinidad de artificios que harían que se gozara, sin ningún trabajo, de los frutos de la tierra y de todas las comodidades que en ella se encuentran, sino principalmente también para la conservación de la salud, que es sin duda el primer bien y el fundamento de todos los demás bienes de esta vida; porque incluso el espíritu depende tanto del temperamento y de la disposición de los órganos del cuerpo que, si es posible encontrar algún medio que haga a los hombres comúnmente más sabios y más hábiles de lo que han sido hasta aquí, creo que es en la medicina donde se lo debe buscar. Es verdad que la que ahora está en uso contiene pocas cosas cuya utilidad sea tan notable; pero, sin que tenga ninguna intención de despreciarla, estoy seguro de que no hay nadie, ni siquiera entre los que hacen profesión de ella, que no confiese que todo lo que se sabe en ella es casi nada en comparación con lo que queda por saber, y que podríamos librarnos de una infinidad de enfermedades, tanto del cuerpo como del espíritu, e incluso quizá también del debilitamiento de la vejez, si

tuviéramos bastante conocimiento de sus causas y de todos los remedios con que la naturaleza nos ha provisto. Ahora bien, teniendo la intención de emplear AT 63 toda mi vida en la búsqueda de una ciencia tan necesaria, y habiendo dado con un camino que me parece tal que, siguiéndolo, se la debe encontrar infaliblemente, a menos que lo impida o la brevedad de la vida o la falta de experiencias, juzgaba que no había mejor remedio contra estos dos impedimentos que comunicar fielmente al público lo poco que hubiera encontrado, e invitar a los buenos espíritus a procurar ir más allá, contribuyendo cada uno, según su inclinación y su poder, a las experiencias que habría que hacer, y comunicando también al público todas las cosas que aprendieran, a fin de que los últimos comenzaran donde los anteriores hubieran terminado, y así, juntando las vidas y los trabajos de muchos, fuéramos todos juntos mucho más lejos de lo que cada uno en particular podría ir.

Incluso notaba, acerca de las experiencias, que son tanto más necesarias cuanto más se ha avanzado en el conocimiento. Porque, al principio, vale más servirse solo de las que se presentan por sí mismas a nuestros sentidos, y que no podríamos ignorar con tal de que reflexionemos en ellas por poco que sea, que buscar otras más raras y rebuscadas: la razón de esto es que esas más raras engañan a menudo cuando todavía no se conocen las causas de las más comunes, y que las circunstancias de que dependen son casi siempre tan particulares y tan pequeñas que es muy difícil advertirlas. Pero el orden que he seguido en esto ha sido el siguiente. Primeramente, he procurado encontrar en general los AT 64 principios, o primeras causas, de todo lo que es o puede ser en el mundo, sin considerar para ello nada más que a Dios solo, que lo ha creado, ni sacarlos de otra parte que de ciertas semillas de verdades que están naturalmente en nuestras almas. Después de eso, he examinado cuáles eran los primeros y más ordinarios efectos que se podían deducir de estas causas; y me parece que por ahí he encontrado cielos, astros, una tierra, e incluso, sobre la tierra, agua, aire, fuego, minerales y algunas otras cosas semejantes, que son las más comunes de todas y las más simples, y por consiguiente las más fáciles de conocer. Luego, cuando quise descender a las que eran más particulares, se me

presentaron tantas y tan diversas que no creí que fuera posible al espíritu humano distinguir las formas o especies de cuerpos que hay sobre la tierra de una infinidad de otras que podrían estar en ella, si hubiera sido voluntad de Dios ponerlas allí, ni, por consiguiente, referirlas a nuestro uso, a menos que se vaya al encuentro de las causas por los efectos y uno se sirva de muchas experiencias particulares. Después de lo cual, repasando mi espíritu por todos los objetos que alguna vez se habían presentado a mis sentidos, me atrevo a decir que no he notado en ellos ninguna cosa que no pudiera explicar con bastante comodidad por los principios que había encontrado. Pero también es preciso que confiese que el poder de la naturaleza es tan amplio y tan vasto, y que estos principios son tan simples y tan generales, que casi ya no noto ningún efecto particular del que no conozca en seguida que puede [AT 65] ser deducido de ellos de muchas maneras diversas, y que mi mayor dificultad suele ser encontrar de cuál de esas maneras depende de ellos. Porque para esto no conozco otro recurso que buscar de nuevo algunas experiencias que sean tales que su resultado no sea el mismo si es de una de esas maneras como se lo debe explicar que si es de la otra. Por lo demás, he llegado ahora al punto en que veo, me parece, bastante bien por dónde hay que tomarlo para hacer la mayor parte de las que pueden servir a este efecto; pero veo también que son tales, y en tan gran número, que ni mis manos ni mi renta, aunque tuviera mil veces más de la que tengo, podrían bastar para todas; de suerte que, según tenga en adelante la comodidad de hacer más o menos de ellas, avanzaré también más o menos en el conocimiento de la naturaleza. Lo cual me prometía dar a conocer mediante el tratado que había escrito, y mostrar en él tan claramente la utilidad que el público puede recibir de ello que obligaría a todos los que desean en general el bien de los hombres, es decir, a todos los que son virtuosos de hecho, y no por fingimiento ni solo por reputación, tanto a comunicarme las que ya han hecho como a ayudarme en la búsqueda de las que quedan por hacer.

Pero desde entonces he tenido otras razones que me han hecho cambiar de opinión y pensar que verdaderamente debía seguir escribiendo todas las cosas que juzgara de alguna importancia, a medida que descubriera

su verdad, y poner en ello el mismo cuidado que si quisiera hacerlas imprimir: tanto [AT 66] para tener tanta más ocasión de examinarlas bien — pues sin duda siempre se mira con más atención lo que se cree que ha de ser visto por muchos que lo que se hace solo para uno mismo, y a menudo las cosas que me han parecido verdaderas cuando comencé a concebirlas me han parecido falsas cuando quise ponerlas sobre el papel — como para no perder ninguna ocasión de ser útil al público, si soy capaz de ello, y para que, si mis escritos valen algo, quienes los tengan después de mi muerte puedan usarlos como sea más oportuno; pero que no debía consentir de ningún modo que se publicaran durante mi vida, a fin de que ni las oposiciones y controversias a que quizá estarían sujetos, ni siquiera la reputación, cualquiera que fuera, que pudieran granjearme, me dieran ocasión alguna de perder el tiempo que pienso emplear en instruirme. Porque, aunque sea verdad que cada hombre está obligado a procurar, en cuanto está en él, el bien de los demás, y que no ser útil a nadie es propiamente no valer nada, también es verdad que nuestros cuidados deben extenderse más allá del tiempo presente, y que es bueno omitir las cosas que quizá traerían algún provecho a los que viven cuando es con el propósito de hacer otras que traigan más a nuestros descendientes. Como, en efecto, quiero que se sepa que lo poco que he aprendido hasta aquí es casi nada en comparación con lo que ignoro y no desespero de poder aprender; porque sucede casi lo mismo con los que descubren poco a poco la verdad en las [AT 67] ciencias que con los que, al comenzar a hacerse ricos, tienen menos trabajo para hacer grandes adquisiciones del que tuvieron antes, siendo más pobres, para hacerlas mucho menores. O bien se los puede comparar con los jefes de ejército, cuyas fuerzas suelen crecer en proporción de sus victorias, y que necesitan más pericia para sostenerse después de perder una batalla que la que necesitan, después de ganarla, para tomar ciudades y provincias. Porque es verdaderamente librar batallas procurar vencer todas las dificultades y los errores que nos impiden llegar al conocimiento de la verdad, y es perder una admitir alguna opinión falsa acerca de una materia un poco general e importante; después hace falta mucha más destreza para volver al mismo estado en que se estaba antes

que la que hace falta para hacer grandes progresos cuando ya se tienen principios seguros. Por mi parte, si hasta aquí he encontrado algunas verdades en las ciencias (y espero que las cosas contenidas en este volumen harán juzgar que he encontrado algunas), puedo decir que no son sino consecuencias y dependencias de cinco o seis dificultades principales que he superado, y que cuento como otras tantas batallas en que he tenido la fortuna de mi lado. Incluso no temeré decir que pienso que no necesito ganar más que otras dos o tres semejantes para llevar a cabo enteramente mis propósitos; y que mi edad no está tan avanzada que, según el curso ordinario de la naturaleza, no pueda tener todavía bastante tiempo libre para ello. AT 68 Pero me creo tanto más obligado a administrar el tiempo que me queda cuanto más esperanza tengo de poder emplearlo bien; y sin duda tendría muchas ocasiones de perderlo si publicara los fundamentos de mi física. Porque, aunque sean casi todos tan evidentes que basta entenderlos para creerlos, y no haya ninguno del que no piense poder dar demostraciones, sin embargo, como es imposible que concuerden con todas las diversas opiniones de los demás hombres, preveo que me vería a menudo distraído por las oposiciones que harían nacer.

Se puede decir que estas oposiciones serían útiles, tanto para hacerme conocer mis errores como para que, si yo tuviera algo bueno, los demás tuvieran por este medio más inteligencia de ello, y, como muchos pueden ver más que un hombre solo, para que, comenzando desde ahora a servirse de ello, me ayudaran también con sus invenciones. Pero, aunque me reconozco sumamente propenso a equivocarme, y casi nunca me fío de los primeros pensamientos que se me ocurren, sin embargo la experiencia que tengo de las objeciones que se me pueden hacer me impide esperar de ellas ningún provecho: porque ya he puesto a prueba muchas veces los juicios tanto de los que he tenido por amigos como de algunos otros a quienes pensaba serles indiferente, e incluso también de algunos de quienes sabía que la malignidad y la envidia procurarían con empeño descubrir lo que el afecto ocultaría a mis amigos; pero rara vez ha sucedido que se me objetara algo que yo no hubiera previsto en absoluto, a menos que estuviera AT 69 muy alejado de

mi tema; de suerte que casi nunca he encontrado ningún censor de mis opiniones que no me pareciera o menos riguroso o menos equitativo que yo mismo. Y tampoco he notado nunca que, por medio de las disputas que se practican en las escuelas, se haya descubierto alguna verdad que se ignorara antes; porque, mientras cada uno procura vencer, se ejercita uno mucho más en hacer valer la verosimilitud que en sopesar las razones de una parte y de otra; y los que han sido por mucho tiempo buenos abogados no son por eso, después, mejores jueces.

En cuanto a la utilidad que los demás recibirían de la comunicación de mis pensamientos, tampoco podría ser muy grande, puesto que todavía no los he llevado tan lejos que no haga falta añadirles muchas cosas antes de aplicarlos al uso. Y pienso poder decir, sin vanidad, que, si hay alguien que sea capaz de ello, debo ser yo antes que ningún otro: no porque no pueda haber en el mundo muchos espíritus incomparablemente mejores que el mío, sino porque no se podría concebir tan bien una cosa y hacerla propia cuando se la aprende de otro como cuando la inventa uno mismo. Lo cual es tan verdadero en esta materia que, aunque muchas veces he explicado algunas de mis opiniones a personas de muy buen espíritu, que, mientras yo les hablaba, parecían entenderlas muy distintamente, sin embargo, cuando las han repetido, he notado que las han cambiado casi siempre de tal manera que yo ya no podía reconocerlas como mías. Con ocasión de lo cual me AT 70 complace rogar aquí a nuestros descendientes que nunca crean que las cosas que se les digan vienen de mí cuando no las haya divulgado yo mismo. Y no me asombran en absoluto las extravagancias que se atribuyen a todos esos antiguos filósofos cuyos escritos no tenemos, ni juzgo por ello que sus pensamientos hayan sido muy irrazonables, puesto que eran de los mejores espíritus de su tiempo, sino solo que nos los han transmitido mal. Como se ve también que casi nunca ha sucedido que alguno de sus seguidores los haya superado; y estoy seguro de que los más apasionados de los que ahora siguen a Aristóteles se creerían dichosos si tuvieran tanto conocimiento de la naturaleza como él tuvo, aun cuando fuera con la condición de no tener nunca más. Son como la hiedra, que no tiende a subir más alto que los

árboles que la sostienen, y que incluso a menudo vuelve a bajar después de haber llegado hasta su copa; porque me parece también que vuelven a bajar, es decir, que se hacen en cierto modo menos sabios que si se abstuvieran de estudiar, aquellos que, no contentos con saber todo lo que está explicado inteligiblemente en su autor, quieren además encontrar en él la solución de muchas dificultades de las que no dice nada y en las que quizá nunca pensó. Sin embargo, su manera de filosofar es muy cómoda para los que no tienen sino espíritus muy mediocres; porque la oscuridad de las distinciones y de los principios de que se sirven hace que puedan hablar de todas las cosas tan atrevidamente como si las supieran, y sostener todo lo que [AT 71] dicen de ellas contra los más sutiles y los más hábiles, sin que haya modo de convencerlos. En lo cual me parecen semejantes a un ciego que, para pelear sin desventaja contra uno que ve, lo hubiera hecho venir al fondo de alguna cueva muy oscura; y puedo decir que a estos les interesa que me abstenga de publicar los principios de la filosofía de que me sirvo: porque, siendo muy simples y muy evidentes, como lo son, haría casi lo mismo, al publicarlos, que si abriera algunas ventanas e hiciera entrar la luz del día en esa cueva adonde han bajado a pelear. Pero ni siquiera los mejores espíritus tienen motivo para desear conocerlos: porque, si quieren saber hablar de todas las cosas y adquirir la reputación de doctos, lo lograrán más fácilmente contentándose con la verosimilitud, que puede encontrarse sin gran trabajo en toda clase de materias, que buscando la verdad, que no se descubre sino poco a poco en algunas, y que, cuando se trata de hablar de las otras, obliga a confesar francamente que se las ignora. Y si prefieren el conocimiento de unas pocas verdades a la vanidad de aparentar no ignorar nada, como sin duda es muy preferible, y quieren seguir un propósito semejante al mío, no necesitan para ello que les diga nada más de lo que ya he dicho en este discurso. Porque, si son capaces de ir más allá de lo que yo he ido, lo serán también, con mayor razón, de encontrar por sí mismos todo lo que pienso haber encontrado. Tanto más cuanto que, no habiendo examinado nunca nada sino por orden, es cierto que lo que todavía me queda por descubrir es [AT 72] en sí más difícil y más oculto que lo que he

podido encontrar hasta aquí, y tendrían mucho menos placer en aprenderlo de mí que de sí mismos; además de que el hábito que adquirirán buscando primero cosas fáciles, y pasando poco a poco, por grados, a otras más difíciles, les servirá más de lo que podrían hacerlo todas mis instrucciones. Como yo, por mi parte, estoy persuadido de que, si desde mi juventud me hubieran enseñado todas las verdades cuyas demostraciones he buscado después, y no hubiera tenido ningún trabajo para aprenderlas, quizá nunca habría sabido ninguna otra, y por lo menos nunca habría adquirido el hábito y la facilidad, que pienso tener, de encontrar siempre otras nuevas a medida que me aplico a buscarlas. Y, en una palabra, si hay en el mundo alguna obra que no pueda ser terminada tan bien por ningún otro como por el mismo que la comenzó, es aquella en la que trabajo.

Es verdad que, en lo que toca a las experiencias que pueden servir para ello, un hombre solo no podría bastar para hacerlas todas; pero tampoco podría emplear útilmente en ello otras manos que las suyas, salvo las de los artesanos, o de gente así, a la que pudiera pagar, y a quienes la esperanza de la ganancia, que es un medio muy eficaz, haría hacer exactamente todas las cosas que él les prescribiera. Porque, en cuanto a los voluntarios que, por curiosidad o deseo de aprender, quizá se ofrecerían a ayudarlo, además de que de ordinario tienen más promesas que efecto, y de que no hacen más que bellas propuestas de las que ninguna sale bien nunca, querrían [AT 73] infaliblemente ser pagados con la explicación de algunas dificultades, o por lo menos con cumplidos y conversaciones inútiles, que no podrían costarle tan poco de su tiempo que no perdiera con ello. Y en cuanto a las experiencias que los demás ya han hecho, aun cuando quisieran comunicárselas, cosa que nunca harían los que las llaman secretos, están, en su mayor parte, compuestas de tantas circunstancias o ingredientes superfluos que le sería muy difícil descifrar su verdad; además de que las encontraría casi todas tan mal explicadas, o incluso tan falsas, porque los que las hicieron se esforzaron por hacerlas parecer conformes a sus principios, que, si hubiera algunas que le sirvieran, tampoco podrían valer el tiempo que tendría que emplear en escogerlas. De modo que, si hubiera en el

mundo alguien de quien se supiera con seguridad que es capaz de encontrar las cosas más grandes y más útiles al público que puedan existir, y si por esta causa los demás hombres se esforzaran por todos los medios en ayudarlo a llevar a cabo sus propósitos, no veo que pudieran hacer por él otra cosa que costear los gastos de las experiencias que necesitara, y por lo demás impedir que la importunidad de nadie le quitara su tiempo libre. Pero, además de que no presumo tanto de mí mismo como para querer prometer nada extraordinario, ni me alimento de pensamientos tan vanos como para imaginarme que el público deba interesarse mucho en mis propósitos, tampoco tengo el alma tan baja que quisiera aceptar de quienquiera que fuese AT 74 ningún favor que se pudiera creer que no he merecido.

Todas estas consideraciones juntas fueron causa de que, hace tres años, no quisiera divulgar el tratado que tenía entre manos, e incluso de que tomara la resolución de no dar a conocer durante mi vida ningún otro que fuera tan general, ni por el cual se pudieran entender los fundamentos de mi física. Pero desde entonces ha habido de nuevo otras dos razones que me han obligado a poner aquí algunos ensayos particulares y a rendir al público alguna cuenta de mis acciones y de mis propósitos. La primera es que, si no lo hiciera, muchos que supieron la intención que tuve antes de hacer imprimir algunos escritos podrían imaginar que las causas por las que me abstengo de ello son más desfavorables para mí de lo que son. Porque, aunque no amo la gloria en exceso, o incluso, si me atrevo a decirlo, aunque la odio, en cuanto la juzgo contraria al reposo, que estimo por encima de todas las cosas, sin embargo tampoco he procurado nunca ocultar mis acciones como si fueran crímenes, ni he usado muchas precauciones para ser desconocido; tanto porque habría creído hacerme daño como porque eso me habría dado alguna especie de inquietud, que de nuevo habría sido contraria al perfecto reposo de espíritu que busco. Y como, habiéndome mantenido siempre así indiferente entre el cuidado de ser conocido o de no serlo, no he podido impedir adquirir alguna especie de reputación, he pensado que debía hacer lo posible para librarme por lo menos de tenerla mala. La otra razón que me ha obligado a escribir AT 75 esto es

que, viendo cada día más el retraso que sufre el propósito que tengo de instruirme, a causa de una infinidad de experiencias que necesito y que es imposible que haga sin la ayuda de otros, aunque no me hago tantas ilusiones como para esperar que el público tome gran parte en mis intereses, tampoco quiero faltarme tanto a mí mismo que dé motivo a los que me sobrevivan para reprocharme algún día que hubiera podido dejarles muchas cosas mucho mejores de las que habré dejado, si no hubiera descuidado demasiado darles a entender en qué podían contribuir a mis propósitos.

Y he pensado que me era fácil escoger algunas materias que, sin estar sujetas a muchas controversias ni obligarme a declarar de mis principios más de lo que deseo, no dejarían de mostrar con bastante claridad lo que puedo o no puedo en las ciencias. En lo cual no podría decir si lo he logrado, y no quiero adelantarme a los juicios de nadie hablando yo mismo de mis escritos; pero me alegrará que se los examine, y, para que haya tanta más ocasión de ello, suplico a todos los que tengan algunas objeciones que hacerles que se tomen el trabajo de enviarlas a mi librero, por quien, al ser avisado de ellas, procuraré añadirles mi respuesta al mismo tiempo; y por este medio los lectores, viendo juntas las unas y la otra, juzgarán tanto más fácilmente de la verdad. Porque no prometo dar nunca respuestas largas, sino solo confesar mis errores con toda franqueza, si los conozco, o AT 76 bien, si no puedo percibirlos, decir sencillamente lo que crea que se requiere para la defensa de las cosas que he escrito, sin añadir la explicación de ninguna materia nueva, a fin de no enredarme sin fin de una en otra.

Y si algunas de las que he tratado al comienzo de la *Dióptrica* y de los *Meteoros* chocan a primera vista porque las llamo suposiciones y no parezco tener deseos de probarlas, que se tenga la paciencia de leer el todo con atención, y espero que el lector quedará satisfecho. Porque me parece que las razones se encadenan en ellos de tal manera que, así como las últimas son demostradas por las primeras, que son sus causas, estas primeras lo son recíprocamente por las últimas, que son sus efectos. Y no se debe imaginar que cometo en esto el error que los

lógicos llaman un círculo; porque, como la experiencia hace muy ciertos la mayor parte de estos efectos, las causas de las que los deduzco no sirven tanto para probarlos como para explicarlos; sino que, todo lo contrario, son ellas las que son probadas por ellos. Y no las he llamado suposiciones sino para que se sepa que pienso poder deducirlas de esas primeras verdades que he explicado más arriba, pero que he querido expresamente no hacerlo, para impedir que ciertos espíritus, que se imaginan que saben en un día todo lo que otro ha pensado en veinte años en cuanto este les ha dicho solamente dos o tres palabras de ello, y que son tanto más propensos a equivocarse, y menos capaces de la verdad, cuanto más penetrantes y vivos son, no puedan [AT 77] tomar de ahí ocasión para construir alguna filosofía extravagante sobre lo que crean que son mis principios, y que se me atribuya a mí la culpa. Porque, en cuanto a las opiniones que son del todo mías, no las excuso como nuevas, puesto que, si se consideran bien sus razones, estoy seguro de que se las encontrará tan simples y tan conformes al sentido común que parecerán menos extraordinarias y menos extrañas que cualesquiera otras que se puedan tener sobre los mismos temas. Y tampoco me jacto de ser el primer inventor de ninguna, sino solo de que nunca las he admitido ni porque las hubieran dicho otros ni porque no las hubieran dicho, sino solamente porque la razón me ha persuadido de ellas.

Y si los artesanos no pueden ejecutar tan pronto la invención que se explica en la *Dióptrica*, no creo que por eso se pueda decir que sea mala: porque, puesto que hace falta destreza y hábito para hacer y ajustar las máquinas que he descrito sin que les falte ninguna circunstancia, no me asombraría menos si acertaran a la primera que si alguien pudiera aprender en un día a tocar el laúd excelentemente solo porque se le hubiera dado una tablatura que fuera buena. Y si escribo en francés, que es la lengua de mi país, antes que en latín, que es la de mis preceptores, es porque espero que los que se sirven solo de su razón natural del todo pura juzgarán mejor mis opiniones que los que no creen sino en los libros antiguos. Y en cuanto a los que unen el buen sentido con el estudio, que son los únicos a quienes deseo tener por [AT 78] jueces, no

serán, estoy seguro, tan partidarios del latín que se nieguen a entender mis razones porque las explico en lengua vulgar.

Por lo demás, no quiero hablar aquí en particular de los progresos que tengo esperanza de hacer en el futuro en las ciencias, ni comprometerme ante el público con ninguna promesa que no esté seguro de cumplir; sino que diré solamente que he resuelto no emplear el tiempo que me queda de vida en otra cosa que en procurar adquirir algún conocimiento de la naturaleza que sea tal que se puedan sacar de él reglas para la medicina más seguras que las que se han tenido hasta ahora; y que mi inclinación me aleja tanto de toda otra clase de propósitos, principalmente de los que no podrían ser útiles a unos sino perjudicando a otros, que, si algunas ocasiones me obligaran a emplearme en ellos, no creo que fuera capaz de lograrlo. De lo cual hago aquí una declaración que sé bien que no puede servir para hacerme considerable en el mundo, pero tampoco tengo ningún deseo de serlo; y siempre me tendré por más obligado a aquellos por cuyo favor goce sin impedimento de mi tiempo libre que a los que me ofrecieran los empleos más honrosos de la tierra.

Fin.

Notas

1. Una opinión de física desaprobada (AT 60). Descartes no da nombres, pero se refiere a la condena de Galileo por la Inquisición romana en 1633, por sostener que la Tierra se mueve. Al saberlo, Descartes guardó el tratado que tenía casi listo, *El mundo*, el que resume en la quinta parte.

2. Dueños y poseedores de la naturaleza (AT 62). La frase más citada de esta parte. Descartes la escribe con un «como»: hacernos *como* dueños y poseedores de la naturaleza, y piensa ante todo en la medicina, en la conservación de la salud.

3. Las experiencias (AT 63-65). *Les expériences*: lo que uno observa, pero también lo que provoca para observarlo, el experimento. Descartes pide ayuda al público porque un solo hombre no alcanza a hacer todas las que hacen falta.

4. Mi librero (AT 75). *Mon libraire*: en 1637, el librero era también el editor, el que imprimía y vendía el libro. Descartes invita a mandarle objeciones a través de él, y

promete responderlas.

5. La *Dióptrica* y los *Meteoros* (AT 76). Dos de los tres ensayos que salieron junto con el *Discurso*; el tercero es la *Geometría*. Lo que ahí llama «suposiciones» son hipótesis que el resto del ensayo confirma por sus consecuencias.

6. En francés y no en latín (AT 77). El latín era la lengua de la filosofía y de las universidades. Descartes escribe en la lengua de su país porque espera que lo juzguen mejor los que solo se sirven de su razón natural que los que solo creen en los libros antiguos.